

CONCURSO PREMIO FEDERAL 2000

ANTOLOGÍA DE CUENTOS FANTÁSTICOS

AUTORES PREMIADOS



PROGRAMA DE
CULTURA



CONSEJO
FEDERAL
DE INVERSIONES

CONCURSO PREMIO FEDERAL

Jorge Ponce

Primer premio

Nacido en 1952 en La Rioja, es profesor de pintura y grabado, ceramista, escritor. Realizó exposiciones colectivas e individuales, tanto en su provincia como en el resto del país y el exterior, participando en Salones Regionales y Nacionales. En el área de literatura lleva editados un libro de ensayos y dos de poemas.

Teresa del Valle Drube

Segundo premio

Nacida en San Miguel de Tucumán, publicó cuentos y poesías en revistas literarias, periódicos y revistas de circulación dirigida

Juan Antonio Alzugaray

Tercer premio

Nacido en la ciudad entrerriana de Nogoyá en el año 1937, ya en sus años de secundario escribía para periódicos locales y publicaciones estudiantiles. Escritor por intuición, cultiva los géneros de poesía y cuento, siendo colaborador de "El diario" de la ciudad de Paraná y varias revistas literarias. Dos de sus obras figuran en la Antología de Escritores Nogoyaenses, publicada por el periódico Nogoyá Hoy.



© 2001 Consejo Federal de Inversiones.
San Martín 871 - (C1004AAQ) Ciudad de Buenos Aires.
I.S.B.N.: 987-510-030-7
Primera edición
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio ya sea
éste gráfico, fotoestático, magnético o electrónico sin permiso del
Consejo Federal de Inversiones.

CONCURSO PREMIO FEDERAL 2000
LETRAS: CUENTO FANTÁSTICO

ANTOLOGÍA DE CUENTOS FANTÁSTICOS
AUTORES PREMIADOS

“Viejas como el miedo, las ficciones fantásticas son anteriores a las letras. Los aparecidos pueblan todas las literaturas”¹.

El cuento fantástico amalgama lo conocido con lo misterioso. Y allí reside su fuerza, en el contraste, producto de la capacidad del hombre de soñar ficciones.

Leer nos da la posibilidad de vivir muchas vidas. Es por eso que agradecemos a los autores de estas páginas sus originales e ingeniosos relatos. El trabajo creativo y una imaginación poderosa logran que los cuentos nos sorprendan, nos inquieten, nos cautiven y nos atrapen como lectores, definitivamente.

Estamos seguros de que disfrutarán mucho de estas narraciones que les permitirán transitar *otros mundos*, saborear lugares, costumbres y creencias de la gente de nuestro país. Historias que bañan de una nueva luz la vida de todos los días.

Es por ello que, el Consejo Federal de Inversiones felicita a los autores premiados en el Primer Salón Federal y se enorgullece de ser el nexo promotor de aquéllos que emprenden un camino hacia el merecido reconocimiento en el país y el mundo.

Una vez más, este organismo renueva su compromiso: colaborar con entusiasmo en la tarea de hacer posible que la cultura fortalezca la identidad y el crecimiento de nuestro pueblo.

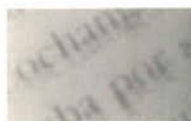
Ing. Juan José Ciácerá

SECRETARIO GENERAL DEL

CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

¹ Bioy Casares, Adolfo. “Prólogo” en *Antología de la Literatura Fantástica*, Editorial Sudamericana

PRIMER PREMIO
JORGE PONCE
PROVINCIA DE LA RIOJA



El negro Shono - *Cuento premiado*-
El cura Josho
La prueba del álamo
El choquito blanco
El sueño del Colacho
Los siete pecados

El negro Shono

De entre las brumas de mayo, o bajo el peso a plomo de las siestas de verano, aparecía el “Shono” Baginay tranqueando el arenal de la ancha calle. Su sombrero aludo y negro, al taparle el sol sumiéndole la cara entre las sombras, le destacaba los ojos y los dientes como una noche con tres fuegos. Y otra noche, pero poblada de estrellas, era su eterno ‘cinturón chanchero’ tachonado de monedas y rosetas de bruñida plata.

¡Hombre extraño, el Negro Shono...! Con esa su motosa barba cubriendo una quijada fortachona capaz de la más infantil de las sonrisas con la que compraba hasta una suegra, o de la carcajada más sonora que desparramaba las siestas del Boliche “La Puertita”, y su cuerpo sólido, nervudo como añoso algarrobo pero de una vigorosa agilidad, hacían estériles todo cálculo aunque más no sea aproximado de la edad del Negro Celedonio y de sus ojos de brasas maliciosas. Algunos decían: “¡Ya es ‘viejón’ el hombre!”. Otros, quizás más llevados por su aspecto aseguraban lo contrario, las lenguas más audaces hablaban de algún pacto... y hasta se murmuraba sobre presuntas caminatas por ignoradas quebradas en las noches en que la luna, de tan llena, se preña de misterios pariendo fábulas y cuentos de aquellos en los que nadie cree pero que tampoco se animan a probarlo. Pero lo cierto, si es que algo había de cierto

en torno al Negro Shono, es que ni las viejas sabían cuando, ni cómo, ni porqué llegó un día a aquerenciarse entre Cochangasta y “La Quebrada”.

Se había agenciado un rancho que a duras penas se paraba por sí solo, allá casi en el cerro, en la cima de la loma bola perdido entre cardonales y jarillas. En algún tiempo -¡vaya a saber uno cuando!-, había cercado el patio con tunales, pencas y cardones, y en el cuadrado polvoriento no crecían ni los yuyos. Y no crecen, según dicen, por culpa de los largos bailes que allí se realizaban, bailes, donde el vino brotaba de los cántaros, la música galopaba por los aires prolongando las horas en semanas, calentando urgencias en las mozas, desvelando la vigilancia de las viejas con el corazón en la boca. Había cavado un ‘pozo de balde’ que por esos misterios de la naturaleza le proveía un agua fresca y cristalina, y Celedonio asentó la huella de sus botas como único dueño y señor de esos lugares. Desde lejos, el chato conjunto apenas sobresalía de la loma y el rancho era un ralo lomo de “saitillas”. La gente, con el tiempo, había dejado de frecuentar esos lugares -sobre todo por las noches y las siestas del verano-, pues, según decían, era la hora de las voces, los silbidos, de los ruidos, y hasta no faltaba quien había ‘visto’ algún ‘asusto’, algún ‘espanto’, y eran casualmente aquellos ‘sucedidos’ los que le habían granjeado sino el respeto, al menos un particular reconocimiento mezcla de miedo y de recelo hacia Shono, a tal

punto que de ser posible, algunos le evitaban, y cuando no había alternativa para disimular otro camino, ceremoniaban el saludo, porque a pesar de que el Negro no era hombre bravucón ni pendenciero, el miedo andaba siempre colgadito de su sombra como perro de carrero y los niños lo sentían cuando Shono, borracho y tambaleante, aparecía calle abajo revoleando al sol en la botella, y sus risas y sus gritos eran una extraña mezcla de placer y de agonía. Entonces, los pequeños dejaban juegos y juguetes para buscar protección en las faldas de las madres y éstas, encerraban sus miedos en la tranquera de los rezos.

Pero no siempre eran risas los resabios de su vino, a veces, aunque pocas, se sentaba bajo el tala del sifón de los Fernández, con la acequia y la botella entre sus piernas, los hombros caídos, los ojos perdidos hacia dentro, vacíos, huecos, como el murmullo que salía de su boca. Y era entonces cuando la gente, y ni siquiera sus compinches de vinos y de juergas, se animaban a acercarse a ese Shono que más parecía un muerto en vida repitiendo una incomprensible letanía. Era cuando el 'cuchicheo' saltaba quinchas y cercados enancados en las lenguas activas de las viejas.

-“¡Y ya me va faltando poco!...” “¡No mĩ'ah de llevar así nomás, pó' mierda!...” “¡Te' has de hamacar, carajo!...” - gritaba entre ademanes Celedonio como alegando contra invisibles querellantes. Y repetía... y repetía, entremezclando a su alegato un nuevo trago hasta que

de pronto, como impulsado, salía calle arriba en busca del boliche, o de algún 'baile' donde obligaba a todo el mundo con vinos y ginebras hasta que el alcohol lograba hacharle su fortaleza de árbol. En honor a la verdad, no todo era miedo y recelo en torno al Negro Shono, como asiduo concurrente a todo baile, fiesta, cumpleaños y quermeses que se hiciese en Cochangasta o La Quebrada, apenas se oreaba el barrido patio y ni bien lo blanqueaba la luz del 'sol de noche', ya aparecía Baginay listo para el baile. Y era cosa de verlo desplegar su gracia varonil en zambas, gatos, chamamés y valsecitos ingeniando su acoso en el piropo y la risa contagiosa para impaciencia de novios y de suegras.

En un mes de marzo, para el aniversario de casados de don Aurelio Quinteros, éste quiso festejar como es debido, y como era viernes y las noches aún guardaban un poco del verano, dispuso: "¡El baile y el 'asau' es pa' la noche!" -y mandó- "¡Las 'chinitas', a preparar el patio... y después, a la cocina! ¡Los 'changos' a carniar, y a comprar el 'beberaje'!" Y en un rato, todo estuvo dispuesto para que la fiesta sea "hasta que las velas no ardan"; apenas entrada 'la oración' comenzaron a llegar los primeros invitados, que de paso daban una mano con las mesas, bancos y aprontes.

Baginay, ciertamente, tenía toda la intención en ser de los primeros. La menor de los Quinteros ya estaba en edad de merecer y andaba 'pispireta', para colmo, "¡Estaba linda la 'chancleta'!", y el Negro, que

para esas cosas no era ningún lerdo, ya le tenía 'medido el tiro'. Así pensando, Shono colgó el espejo en el clavo que para tal fin tenía en el horcón del Este, y silbando una tonada comenzó a pasarse el peine por sus motas cuando se elevó la luna en el Naciente, una luna enorme y colorada que se reflejó en el costado izquierdo del espejo justo al lado de su cara. Un sudor frío le bajó por las espaldas; ¡esa era la señal!... ¡ésta la noche! Corrió al rancho y revolvió la petaca buscando el puñal con cruz de plata, pero el mango no quiso ser tomado, lo intentó de nuevo, pero la cruz quemaba entre sus dedos. Fue a la cocina, sacó de entre las varas de la quinchá su machete, esperaría y pelearía, de pie, de frente al miedo hasta cortarle los nudos al destino... o morir en el intento.

Los minutos se fueron alargando... pesados... como suelen ser los minutos cuando ronda el miedo, cuando no se sabe si son largos o son cortos, si son muchos o son pocos. El silbido se fue acercando como un galope sobre el monte, y como un potro, rayó sus cascos en el medio del patio levantando el polvo que se convirtió en risa.

- "¡Negro Shono!... ¿Estás con miedo?... ¡Ya llega el Amo!" -Y la voz se hizo risa, y la risa polvo en remolino y sobre su pie de carcajadas se fue a bailar en un rincón del patio.

Un nuevo silbido, esta vez desde el Oeste desgajando el pencial del cerco, se escuchó un aleteo tras el rancho, y otro remolino fue a bailar esta vez en la esquina del Poniente. Otro silbido, y las jarillas

que daban hacia el Este se azotaron quejumbrosas contra el suelo a los pies de un huayra muyu que imprecaba nombrando a Celedonio. Gritos y quejidos, algún llanto, un tropel de risas, un murmullo de rezongos se apoderó del inicio de la noche y un frío de mortajas siseó entre las varas del techo, bajó por la pared, y fue penetrando sangre adentro de Shono justo por donde su espalda se apoyaba en el fondo de la pieza, pero él midió su decisión en la fuerza de su mano aferrando la empuñadura del machete que apuntaba hacia la puerta. De pronto el silencio cayó en seco sobre el rancho, denso, como una telaraña pegajosa y envolvente, tan denso, que el Negro quiso ensartarlo con tres o cuatro puntadas del machete que sólo sirvieron para que el silencio se haga más silencio. En el fondo de la oscuridad que le ganó al ocaso comenzó a moverse otro silbido, esta vez, se modulaba cual serpiente cadenciosa... se acercaba... se perdía... reaparecía sobre el lomo de los montes... se acercaba, era una lenta procesión caminando las crenchas de los talas en dirección a la puerta de la casa, pisando hojarascas de noche en la espesura. Celedonio gritaba y maldecía mudo, tirando o esquivando algún mandoble.

Como olor y fogonazo el silbido cayó ante la casa y cuatro huayramuyus embravecieron sus giros azotando arena y polvo por el seco patio. Cuando pasaban sobre el pozo, el agua borboteaba degollando la tierra y un espeso olor a sangre le pintaba la boca.

-“¡Celedonio Baginay!... ¡Ya estoy aquí!” -resonó el marco de la puerta- “¡Te dije que no te resistieras, cumplí mi parte, ahora te toca a vos cumplir la tuya sin que fuera preciso que yo venga! ¡Con el primer remolino ya debió ser suficiente, sin embargo desafiaste... ¡y aquí estoy!... ¡Y muy ‘caliente’ Negro’i mierda!” Afuera, las risas y las voces reclamaban a Shono por la deuda, en la oscuridad del rancho, el Negro se debatía a daga limpia haciendo saltar chispas que en fugaces destellos iluminaban la escena cuando su ‘fierro’ chocaba contra nada, por la abertura de los ojos se asomaba el miedo cada vez que el machete hería el aire, o le respondía un ruido a cuero seco y en cada ruido, era su cuerpo el que recibía nueva herida, pero con cada herida, también él entraba en furia alargando la pelea, subiéndole escalones a la noche, llevándola hasta la muerte del viernes.

Sobre el filo de las doce, casi cuando canta el gallo y nace el sábado, uno de los remolinos se afinó hasta hacerse un silbo agudo posándose en el horcón del medio, aguda víbora... resorte en acecho... y silbido sobre silbo ensartó al Negro Shono justo en el medio de la frente. Era casi medianoche, en los Quinteros el baile estaba en su apogeo cuando se escuchó el grito. Era un grito como jamás habían oído que hizo santiguarse a las mujeres y helar la sangre aún a los ‘machados’. Don Aurelio, con todo el disimulo como para no asustar más a sus invitados, colgó un rosario tras la puerta, por

las dudas. En el cielo se deshacían los anillos de la luna, y para el lado de las lomas se veía el vislumbre de un incendio.

Los últimos tizones se apagaban a medida que se encendía la mañana. Sobre la loma bola, cenizas, y un humo sulfuroso indicaban el lugar donde había estado el rancho. En su centro, el cadáver de un viejo canoso y arrugado con un machete cimbrándole en la frente mostraba unos dientes perfectos e impecables por donde reía la muerte.

El Cura Josho

A la luz de la nueva luna, el pueblo es un chato retazo de manchas formadas por las frondas, por los techos de barro amarilleándose en saitillas, y por las tiras de arena que conforman las calles cruzadas cada tanto por largas cintas de luces, que saliendo por entre las tablas de las puertas y ventanas, viborean acompasadas por las velas y mecheros para morir aferradas a los yuyos. Desde el Yacampis, lomada abajo serpentea la Calle Larga para internarse entre las casas que custodian la única arteria bautizada, la 'Del Telégrafo', que con su pretensión de calle llega a los saltos hasta la Plaza Vieja.

José Silplituca, el 'Cura Josho', bajo el tala que besa el Tajamar, pucho tras pucho va gastando la espera al aguardo de la hora y el encuentro. Cada cigarrillo, es un azul garañón donde se enancan los recuerdos.

Es que "¡era linda aquella moza!..." Y él, que de pequeño ya se había sentido convocado por La Palabra. Que de niño sentía ese raro cosquilleo durante las misas, cuando vestido de monaguillo, ayudaba al 'Tata Cura' en las celebraciones de la pequeña capilla, o henchía su orgullo portando la Cruz Mayor que abría la procesión para la Fiesta de la Virgen en los octubres de su pueblo. Que cuando pintaba para mozo, apoyó su ingreso al seminario en el piadoso rosario de las Tías ante el llanto callado de su madre escondido en los rincones,

y recibió feliz su Ordenación entre el llanto de las Tías y los rezos de su madre. Él, que en su pañuelo puso la serenidad y vocación para enjugar esas otras lágrimas de Tías y de Madre al 'recibir' su primera capilla que se alzaba blanca entre las viñas, justo allí, en su pueblo de La Costa, y que los sábados llenaba de alegrías y de risas en los juegos de los niños después del Catecismo que los preparaba para la Primera Comunión al celebrarse las Fiestas Patronales.

¡Ah...! ¡Que días!... La paz, de la mano del espíritu disfrutando una lectura sazónada con el canto de los pájaros en el banco de troncos de la huerta, mientras el nogal le tamizaba el cielo. Las tardes de mate con tortillas al rescoldo en alguna de las casas vecinas que sutilmente se disputaban el honor de sus tertulias. Y hasta una copita de esa grapa en la que la fiereza del alcohol no alcanzaba para ahogar el generoso gusto a uva en el 'Boliche del Hornero' compartiendo un truco, cuando el invierno obligaba a cerrar puertas y ventanas porque el Viento Blanco escarchaba el arenal, silbaba aterido en la alameda y ordenaba a la savia de las vides a refugiarse en sus raíces. ¡Que días!...

Las campanas echaron a volar la tercera llamada y el Cura Josho, acomodándose la casulla, se dirigió al confesionario para cumplimentar su última obligación previa a la misa. En el pueblo, pequeño, era un ritual hasta el orden en que los feligreses cumplían con

profunda devoción el requisito. Primero los niños, agrupados por linaje; luego las mujeres, las mayores y las jóvenes -ese era el orden-. Después los mozos de ocho o diez familias, por último los hombres, que siempre eran los menos... y los mismos, con debilidades parecidas e idénticos pecados a tal punto que su paso por el confesionario era casi un formulismo.

Un domingo, como siempre, cuando el bastón de don Ursulo Ceballos haciendo crujir las tablas del reclinatorio indicaba que el último de los fieles acababa de cumplir con su rito confesional, y José Silplituca ya había comenzado su plegaria de costumbre por la suerte de su gente, se escuchó el roce de unas telas y alguien que se arrodillaba del lado de las damas.

“¡Qué raro!... ¿Quién será la que se me ha retrasado?!” -pensó-
“¿Será la Carmelita, que con eso de andar presumiendo llegó tarde?!
¡Éstos jóvenes!”

Pero el perfume que lo fue envolviendo y llenando de mañana de rocío el confesionario no era para nada el típico aroma a jabón blanco del humilde recato de su pueblo.

“¡Vengo a confesarme, Padre!”

“¡Cómo no, hija! Pero... ¿sos nueva por la zona?! No te había visto antes.” - comentó -.

“Así es, ¡soy nueva!” - fue la respuesta -. Y la manera en que Rosa entró en su vida para sacarlo por la otra puerta sin siquiera darse cuenta.

La hermosa paz de los veranos arrullada por el rumor de las acequias y el concierto de los pájaros, los plenilunios de poleos y alfalfares, y los largos inviernos de libros y poemas a orillas del brasero fueron tejiendo el resto ... ¿pero cuándo?!...

La luna era una delgada ichuna a punto de posarse sobre el cerro y el galope fue creciendo loma abajo entreverando los golpes de los cascacos contra el parche pedregoso de la tierra con los ruidos de cadenas y el polvo en movimiento.

“¡Lo he de lograr, aunque me vaya la vida en el intento!” - pensó el hombre -. “¡Es mi deber... y además, si fracaso, Rosa valdrá este sacrificio!” - se decía -. “¡Ánimo Josho Silplituca que aquí empiezan o aquí terminan tus intentos de otra vida!” - se repetía buscándose el coraje -.

Se hizo ronco el ruido y en la noche ya sin luna, el polvaredal era un apaisado remolino blanco serpenteando churquis y lomadas en la exacta dirección al Cura Josho. El lecho del río se abría ceniciento al tunal por donde apareció el tropel echando fuego.

“¿En tu nombreeee!!!!...” -murmuró el hombre -.

Y sus manos fueron garras aferrando el freno reluciente. La decisión y el miedo se hicieron una bola incandescente de anhelos reprimidos girándole la vida hasta perder noción de espacio y tiempo. Sus pies dejaron el suelo para dar una vuelta completa

por los aires, sus músculos sintieron el cimbronazo hasta lo más profundo de su cuerpo como traspasado por espinas de cardones, pero sus manos siguieron aferradas a la línea de la vida.

-“¡RRRRROOOOoooosaaaaaa!!!!!!.....”- el grito se desparramó en la noche para miedo y comentario de las viejas.

José Silplituca, de antarca entre las piedras, era un cuerpo adolorido que se estremecía mirando entre sus sangrantes manos un raído tiento que se desgranaba lentamente. A su lado, la mujer solo era ojos... y labios que temblaban mirándolo a su hombre.

Regionalismos:

Joshó: Quichuización de José.

Mechero: Lámpara rústica hecha con un frasco - en el que se coloca querosén- y una tapa por la que se traspasa la mecha.

Churquis: Aromo, arbusto espinoso de flores amarillas propio de la región.

Ichuna: Especie de hoz de filo dentado en uso en la zona de La Costa (Departamento Castro Barros). Es voz quíchua: ICHU, pasto, y NA, “que sirve para...”

De antarca: De espaldas, de cúbito dorsal

La prueba del álamo

"¡YYYYYYYAAAAAAAahhhhhhJAJAJAJAJAAaaaahhhhhh! ¡Corcovia todo lo que quierah'po' mierda"...¡IIIIIIIiiiiiiuuuuuujujuuuuuuu...!
¡Así está lindo...!"

Y el jinete se cimbreaba como junco en idéntico compás al arco encabritado del álamo. Como con vida propia, la planta se ondulaba sin cesar entre las ráfagas del viento y los silbidos de las víboras que sostenidas en la rosca de sus colas seguían con el movimiento de sus cuerpos cada alternativa de la “doma” los ojos clavados en el hombre, atentas, esperando el mínimo descuido del paisano que pudiera provocar la caída hasta sus fauces.

¡Cómo añoraba Cristino Fuentes ser el mejor domador de los pagos de Las Peñas! Hombre de a caballo, lo que le sobraba en ganas le faltaba en destreza para esos menesteres, esa destreza que sólo la da el coraje, siempre apuntalada por las aptitudes traídas de la cuna y por esa ‘psicología de campo’ que hace al jinete descubrir las condiciones de un animal y “buscarle las cosquillas” de un solo golpe de vista aún antes de ceñir sus piernas al lomo de la bestia.

Y allí estaba el Cristino! De pie y tembloroso ante la “puerta de la doma”, con la mirada embelesada en tantas cosas que ni siquiera se hubiera atrevido a imaginar. Lo miraba todo boquiabierto como

queriendo tragarse cada cosa de un bocado, atragantado por la sorpresa que le caminaba casi hasta los miedos.

Cristino estaba allí, con la mente en torbellino y los pies como en maneadas. Pero... ¡cuántas veces!, en esas noches de “rondas” por los cerros, cuando el fogón reunía al paisanaje en el recreo del mate a contar hazañas muchas veces agrandadas de yerras y pialadas; de lazos y de domas; de encuentros misteriosos y guapeadas, él escuchaba con envidia los relatos y hasta a veces, aventuraba una mentira de “cosas” que quería y no podía. Sí... ¡cuántas veces!... cuando solo... en pleno monte, bajando un toro orejano a puro golpe de talero y guardamontes se soñaba sofrenándole corcovos a los chúcaros en las domas de potros de su pueblo entre el griterío de los hombres y el aplauso embelesado de las mozas. ¡Tantas veces lo había soñado en sus arreos, que el deseo, ya era cuerpo en las riendas que sujetaban sus encallecidas manos de campero!

Una tarde, ya cansado de sueños imposibles y de ausencias de caderas, con el sol tocando la cima de los cerros ensilló su ‘bayo’ y se internó por la quebrada, monte adentro. Anduvo por senderos, despeñaderos, huellas perdidas entre encorvados talas y hoscas garabatos, ríos de arenas y de piedras. Anduvo principiándole al ocaso hasta que éste lo entregó a la cerrada noche ciñéndole hasta poncho, en partes, sólo en partes, con el alivio de la luna... ¡enorme!, como esos quesos de cabra de la Estancia de los Flores

allá en Huaco, una luna tan enorme y generosa que terminó llenando la quebrada y serpenteándole estrellas al río que se le adelantaba saltando entre las piedras, anduvo abriéndose hacia el valle que le mostraba los manchones verdeluna de los álamos abrazando los nogales, encontrándose de frente al viento que le traía el rumor de la cascada del “dique de los Indios” y la luz de Sanagasta, que más que ver, se adivinaba en el fondo de la noche. Había cabalgado legua sobre legua para llegar hasta ‘la cueva’, había soportado “prueba” sobre “prueba” hasta perder honor y hombría, si había perdido hasta la noción del tiempo y la distancia sólo por llegar “allí”, y allí estaba, con la prueba final ante sus ojos.

A un costado, sobre un fondo de mármoles y sedas, estaba Él solazándose en su séquito de damas oferentes, en distintos rincones de la gran sala arqueadas y musculosas piernas delataban tertulias de eximios domadores festejando sus proezas, o concentrados “sogue-ros” componiendo lazos, riendas y corrajes de misteriosos encantos, o simplemente, contemplándose sus figuras como folklóricos adonis en los espejos de las rocas.

-“¿Es nuevo el aparcero?”- se preguntó en voz alta un viejo que se acercaba como montando al viento entre sus piernas “chuecas”.

-“¿Y tendrá agallas el mocito?... ¡Medio dudo!”- acotó un gaucho entre bravucón y pendenciero que se encontraba sentado con el respaldo de la silla entre las piernas, un vaso de humeante vino tinto en su enorme

mano y una rubia platinada sentada en su rodilla a la que le acariciaba las costillas incitándola a la risa.

Cristino Fuentes, lentamente llenó de aire sus pulmones. “¡Ahora, o nunca!” - se dijo- y traspuso el umbral de La Sala. En el fondo, un raquítico alamito se balanceaba levemente como llamándolo con su dedo vegetal y Cristino avanzó a su encuentro, un polvo blanquecino rodeaba al tronco empastando las espuelas del paisano y manchándole las botas.

“¡Ahura te quiero ver... Crishi Fuentes!” -repetíase mentalmente auto animándose-, y se encaramó al álamo aferrándose de pies y manos. “¡Te’hi de domar carajo!” -se repetía-.

Cristino, en menos de lo que canta un gallo se enhorquetó con todas sus ganas al delgado tallo que pareció doblegarse bajo su peso, pero un haz de músculos y fibras pareció despertar la furia de la planta que cimbró tenso en aceros deshaciendo el arco, y de no haber sido el Cristino hombre de a caballo, su sueño se hubiera visto ahí nomás de antarca sobre el pencial que de la nada brotó en el piso. Se estiró el tallo en toda su extensión, y en el segundo corcovo amenazó al jinete con hacerlo volar por los aires para regocijo y gritos del grupo que se había reunido a mirar la escena. Se aferraba el paisano con más fuerza en la medida que más fuerte eran los corcovos sintiendo el ruido de sus vértebras desencajarse una a una desde el contacto con la planta a la nuca en cada brusco cimbronazo de ese

potro desbocado que era el álamo. De pronto, se erguía en el tendón de su pata única y sus pocas hojas eran crines verticales y cimbreantes dejando al jinete horizontal y sin aliento, y enseguida lamía con los belfos de sus ramas todo el suelo circundante cabresteando enfurecido. De las pencas a las víboras, el pasaje fue apenas lo que dura un pestañeo, y los ojos de Cristino eran ojos sobre ojos mirándolas moverse, justo debajo de sus botas, justo debajo de su cara, casi tocándole los brazos, víboras de todos los tamaños y colores en una danza sibilante que se movía siempre en la dirección exacta de su cuerpo, brasas que casi hipnotizaban, fauces hambrientas y babosas que le hablaban, le reían... y entre risas lo esperaban. Lenguas bífidas que a veces alcanzaban a tocar sus botas y estallaban en la furia de la planta que se alzaba como mula ante un espanto, lo giraba por el aire, lo bajaba, lo cimbreaba frenético hasta desencajarle los huesos de los brazos. De pronto quedaba quieto, y las agujas de la inercia después de tanto movimiento parecían iguales o peores que cualquier momento de la doma en el cuerpo del jinete, el esfuerzo y la sangre 'agalopada' le iban embotando los sentidos, y esos momentos de quietud eran la gloria en un segundo, pero que el salto de una víbora, o una simple ráfaga del viento encabritaba al alamito para sumirlo de nuevo en la locura. Cristino se aferraba con más fuerza como al tallo de la vida, si caía, era hombre muerto, sería preso de las víboras aún antes de tocar

el suelo, era imprescindible aguantar a toda costa, aunque sus venas estallaran o sus ojos se desorbitaran por el miedo y el esfuerzo. Pues ahora sí que estaba solo, y si antes era pobre, en este momento ni siquiera tenía un Dios en quien encomendarse ya que cuando su inconsciente trató de convocarlo, el mundo entero giró en un remolino con el álamo como eje y el Cristino como extremo a punto tal que ya al borde de sus fuerzas, tuvo que implorar al Amo con la mirada. Logró asirse a duras penas abrazado con las piernas y los brazos a la áspera corteza de la planta que por momentos le desgarraba piel y ropas, las serpientes, saltaban más y más tratando de alcanzarlo, pero el álamo era una mula arisca y en la rapidez de sus corcovos dejaba cada dentellada de las víboras dibujada en el aire a escasos centímetros del jinete que no sabía si agradecer o maldecir el movimiento que, si bien es cierto, lo alejaba de las fauces, lo introducían en un mundo de sacudón y cimbronazos cegando sus sentidos y perdiéndolo en la nada de los tiempos.

Cuando Cristino creyó ver la última hilacha de sus fuerzas sosteniéndolo como por acto reflejo, la corteza del árbol se transformó en algo liso y resbaloso llevando, con suave pero firme movimiento, la osamenta del jinete hasta el extremo de la curva depositándolo de pie, allá en el delgado límite de la vida y de las víboras.

A Cristino, el alivio y la sorpresa se le escaparon por los ojos, su pecho, era un bombo con el corazón golpeándole en la boca, pero ya

no le importó su cuerpo adolorido ni la sangre que corría por sus manos y entre piernas, y no era para menos su alegría; ¡había domado el potro de la muerte! Y empezaban a cumplirse viejos sueños. Ahora, iba a ser “¡el mejor domador de todo el pago!”, desde Huaco hasta Aimogasta sabrían de su fama. Es más, ahora era un ‘protegido’ de su Amo; qué importancia podía tener el precio, ¡qué importancia tenía ‘qué en la primera luna llena del mes de agosto de mil novecientos... tuviera que salir quebrada adentro buscando el ‘revolcadero’ de Abra Pampa para pagar la deuda contraída?’ ¡Qué importancia tenía todo eso si ahora domaría los potros que quisiera, y cada uno duraría manso el tiempo que él quisiera y de ese modo lucirse a su antojo y conveniencia las veces que a él le plazca para envidia de paisanos y embeleso de las mozas! Hasta podría, en noches sucesivas, aprender el arte del trenzado: ocho tientos; doce tientos; trenza patria; sogas pasadas; retobado; trenzas chatas, redondas o cuadradas y cuantos primores fuese factible realizar con unos cuero él lo aprendería hasta ser, ahora sí, un ¡HOMBRE DE A CABALLO! con mayúsculas, un domador con todas sus baquías.

Ensimismado como estaba en su proyecto, ni siquiera se percató del cambio experimentado por sus ropas y su cuerpo hasta que una moza, cargando la sonrisa de promesas, le recorrió sus hombros con la blancura de sus senos restregándoselos luego por la cara para risa y

jolgorio de las viejas. Recién entonces Cristino despertó de su ensueño y fue descubriendo personajes, acciones y lugares en la cueva. Trenzadores, domadores, vareadores, 'componedores de caballos' y jinetes, todos y cada uno aprendiendo los secretos del oficio y de la trampa. Yunque y fragua forjando herraduras más livianas y espuelas encantadas; metros y más metros de lonjas y de cueros; aperos y riendas enchapadas; mujeres libertinas y hombres con un único objetivo. Cortinados, roca virgen, lodo y empedrado, lujos y miserias, todo estaba amalgamado en esa sala por designio del Rey Omnipotente. Un espejo de pulido granito de Alcázar le regaló a Cristino su imagen nueva, y vio sus ropas, impecables, de estreno como en "Fiesta del Patrono". Espuelas relucientes al igual que el pomo del rebenque, sombrero, faja 'atada', camisa de doble botonera, pero nada de esto le encendió tanto su alegría como cuando vio la comba de sus piernas, esas combas que sólo modela la firmeza sobre el lomo de un caballo y que él miraba con envidia en los paisanos de su pago. Las contempló largamente en el espejo, las acarició sintiéndolas bajo el satén de sus bombachas como un niño a su único juguete, como un amante a su amada pretendida... ..Cuando afuera el naciente apenas era el atisbo naranja de un bostezo y antes que cantara el gallo, Cristino Fuentes buscó la salida de la sala. El típico balanceo del domador de oficio le hinchaba el pecho y la mirada... como para ir a enrostrarlo por sus pagos.

El choquito blanco

-“Tá’ogcura la noche, ¿no Jashi?”

-“¡Cierto, ¿no?... parece mi negra Eulalia cuando cierra los ojos!”

-bromeó Jacinto-.

-“¿Y por casa, cómo andamos?!” -retrucó José Zamora palmeándole la espalda con ese humor tan propio de la ‘changada’ después de una noche de bromas y de vinos en el boliche de Ugarte, y ambos, entre risas, salieron al sendero pisando blandito para buscar cada uno el camino hacia su casa.

Efectivamente, la Eulalia, era ¡oscurita! como pocas, pero tenía una sonrisa sabrosa como breva ‘pashuca’ y unos ojos decidores que tiraban como yunta, y con ello al Jacinto le bastaba, así de simple. Y por si eso fuera poco, “¡había días en que hacía unos locritos ... !”, y hoy, precisamente, era uno de esos días. Y la Eulalia, previsora, había guardado un ‘buen poco’ que sin dudas, a estas horas, debía estar colgado en el fogón para que esté a punto cuando él llegue.

Con esos pensamientos casi sueños, Jacinto Aballay comenzó a silbar una tonada, y prestando mayor atención a sus pasos a fin de no errarle al camino y a la vez evitar las abundantes piedras, se internó huella adentro en la oscuridad de la noche. Al frente, las copas de tres talas producían un túnel donde todo era tan negro que no se distinguían ni las manos, si hasta se podría decir, que ni

siquiera había sombras. Pasado el Tajamar, el sendero bordeaba unos cercos de espinas y tunales para perderse en el arenal de un seco arroyo que viboreaba entre dos lomas coronadas por ranchitos, donde apenas brillaba algún que otro ‘mechero’ haciendo oscilar el cuadrado que formaban las desnudas ventanas.

Después de dejar las últimas casitas, Jacinto llegó hasta la boca del sendero que lo llevaría hasta su rancho, era una huella angosta, intrincada, pero que de tanto andarla la conocía casi como al cuerpo de su Eulalia. Sabía el lugar exacto que habitaba cada penca; cada jarilla; cada ‘quenco’ del camino; cada piedra, y aún ‘chispiadito’ como iba, su paso era seguro.

Hacia el este, sobre las luces recostadas de La Rioja, el horizonte comenzó a teñirse de un leve resplandor amarillento anunciando el pronto nacimiento de la luna. Al notarlo, Jacinto se detuvo.

-“Si espero un cachito, vi’á tener luz como de día” -pensó-, sacó de su camisa un cigarrillo, fue una minúscula explosión el fósforo en sus dedos, y la lumbré se hizo tucó en la punta del cigarro. Buscó una piedra, y se sentó a fumarlo en pequeñas bocanadas como aspirando las estrellas de la noche.

El leve ruido a sus espaldas le sacó de la paz del silencio, volteó la mirada, y un choquito de un blanco inmaculado lo contemplaba con sus ojillos brillantes como brasas. Jacinto, hombre acostumbrado al campo, amante de los perros, lo llamó con un

chasquido de sus dedos y el choquito desató la alegría por el penacho luminoso de su cola y eran una fiesta sus patitas saltando a pocos metros de Jacinto.

-“¿Será el ‘choco’ de los Juárez?” -pensó el hombre-.

Estiró la mano en ademán de acariciarle el lomo pero el animal se quedó rígido mostrándole los dientes. Jacinto le habló esta vez con mas cariño. Intentó de nuevo la caricia, y otra vez los dientes que aparecieron como garfios de la noche reproduciendo destellos de la luna, unos dientes agudos, brillantes, babeante contraste con el capullo blanco de su cuerpo. Con cada intento del hombre, los pelos del animal se le erizaban y era un puercoespín de luna y de colmillos, dos contrincantes midiéndose las fuerzas, la serenidad y el miedo tanteando la templanza, hasta que ya con la luna en alto, Jacinto decidió reanudar camino hacia su rancho.

-“¡Chóoooco, vuelva!... ¡A su casa, chóco!”- gritó Jacinto al notar que el perrito lo seguía y en la creencia de que el animal pertenecía a una de las casas que atrás había dejado. Luego, continuó caminando hacia su rancho. No había andado doce pasos, y el perro se puso ya más cerca.

-“¡¿Serán los vinos, o es q’el choco se va criando y ya me llega a las rodillas?!” -pensó Aballay y le gritó al animal con algo de recelo-. “¡Picho ...! ¡Vuelva a su casa, picho!” -hizo el ademán como de levantar una piedra para reforzar la orden, pero el animal lo

enfrentó mostrándole los dientes-.

-“¡Bah...! ¡Volvete si queri'h, choco'i mierda...!”- refunfuñó Jacinto reanudando su camino.

Esta vez el animal se puso casi pegado a su costado izquierdo, y al mismo ritmo que su paso, su tamaño iba creciendo. El hombre, que “no era varón de tener miedo a la zoncera”, notó que su piel se le erizaba helada cuando su mano, en el vaivén de la brazada, rozo la blanca pelambre del lomo de la bestia en que se había transformado el choquito que lo venía acompañando.

A buen ojo de andar los montes, Jacinto midió el camino que lo separaba de las últimas casas del barrio San Vicente, estaban lejos, y para peor, la mayoría ya a oscuras. Miró en dirección hacia su rancho, y la distancia se le estiró hasta el tamaño de su miedo. Decidió regresar hasta el boliche, pero el perro, parado en el centro del sendero, mostrábale los dientes filosos como el hielo, amenazante basamento de unos ojos de carbones que se avivaban al compás de un aliento fétido y espeso. Jacinto retrocedió unos pasos buscando la oportunidad de salir de carrera hasta su casa, cuando se dio vuelta, y aún antes de iniciada la intención del movimiento, el perro estaba en medio del camino del lado de su rancho. Giró de nuevo hacia el boliche, pero el perro era el dueño del sendero y lo miraba con la sonrisa del poder omnipotente. Perdido por perdido, Aballay se fue agachando lentamente tanteando alguna

piedra, los ojos amarrados a la bestia y preparado para todo. El perro movió lentamente la cabeza como adivinando el pensamiento, como negando cualquier alternativa, los ojos clavados en el hombre... se acercaba... lentamente.

Cuando los dedos rozaron la rogada piedra vino el salto... y la llama de dos ojos fue la última visión del Jacinto Aballay en esa noche.

-“¡Este Jacinto que no llega!... ¡Se le habrá calentau’ el pico en lo de Ugarte!- murmuraba la Eulalia trajinando en la cocina. -“¡Y bué’... le vi’á dejar la ollita en el rescoldo pa’ que él se sirva cuando llegue!”- y se fue a dormir agotada por la jornada y por la espera.

El clarear del nuevo día la encontró dando vueltas en la cama sin haber ‘pegado un ojo’.

-“¡Que raro, ‘cachilo’, que el Jacinto no ‘haiga’ vuelto!... ¡Nunca se a sabiu’ amanecer!” -le comentaba en voz alta al galgo que tenían para las liebres y quirquinchos que de vez en cuando le sumaban dignidades a la olla, como si el animal, pudiera entenderle y contestarle-. Es que la pobreza, con el primer rayo de sol ya trajina la cocina atizando el fuego para poner la pava para el mate y bajar a la ciudad por la rutina.

-“¡Doña Eulalia!... ¡Doña Eulalia!...”- llegó un changuito gritando a voz en cuello.

-“¡¿Qué te pasa, Colacho, que venís a los gritos como loco?!”

-“El Jacinto... doña Eulalia...!, ¡el Jacinto! ¡Esta tirau’ sobre unas pencas al ladito del sendero!... ¡Tá’ todo ‘ramaliau’ y lleno’i moretones, como si hubiera peliau, doña Eulalia! ¡Pero parece que nu’a pel ... liau..! -relataba con voz entrecortado por el miedo y el esfuerzo de correr sobre los bordos-.

Pero Eulalia ya no le escuchaba, corría senda abajo sin importarle las ramas ni las piedras que desgarraban sus carnes. Sus ojos, delante de ella, gritaban en sollozos el nombre de su Jashi. Cuando llegó, ya unos ‘comedidos’ lo habían sacado de entre las espinas del pencal, lo habían recostado en la arena del sendero, y le limpiaban las heridas con un trapo que humedecían en un balde.

-“¡Jacinto...! ¿Qué ti’a pasau Jashi... ? ¡Contestáme, viejo, decí algo...!” gritaba Eulalia entre llantos acribillándolo a preguntas.

Jacinto Aballay la miró con los ojos bien abiertos. Se esforzó en vano su boca en las respuestas. Se abrazó como un niño al salvavidas de su cuerpo llorando calladamente en su regazo y ¡nunca!... ¡nunca!, nadie supo por sus labios qué le había pasado.

El sueño del Colacho

¡Cuánto afán Colacho!... ¡Cuánto afán se paga por un sueño!... Y para colmo, no es nada más que el llano sueño que a todo hombre le empuja sangre afuera desde el ‘soncko’ y florece ardiendo por las manos.

Para el Colacho, la hora del regreso es la más larga. Es que aquella es la hora en que los álamos se empeñan en colgarse de la luna, en la que el paso se hace lento y silencioso, en la que la ‘oración’ montada en los balidos de las crías reclamando por sus madres le apura el tranco al pensamiento.

Tanto afán del Colacho para alisarle arrugas a los días para que ahora, una pregunta, ¡tan sólo una pregunta!, le haya tenido el día entero la cabeza como noria, a tal punto de llegar a cortarse con la ‘ichuna’. Él, que hasta podría decir que su primer berrido fue una curva de una ‘ichuna’, y el juguete primero la filosa ‘ichuna’ de su Tata, lastimarse así... ¡tan tontamente! Es cierto que su pensamiento siempre tuvo el vuelo fácil pero, ¿qué otra cosa pueden tener fácil “los Colachos”?, si su día fue siempre cortar pasto entre las viñas... ¡de pequeño cortar pasto!... y era un abracito jadeante su pasito bajo el verdor de la gavilla; alargó su pantalón, cortando pasto; engrosó la voz y los sueños con la ‘ichuna’ hasta que sus manos, de parrales, le arrancaron hasta el último secreto del oficio: elegir una varilla de

visco que haga un arco... agachar el manojo con la izquierda... 'meter la ichuna'... recoger con fuerza su derecha y el ronronear del pasto, cortado a ras de suelo, le figuraba un concierto de graves contestándole a los pájaros mientras se pincelaba el cielo entre el próximo manojo y los parrales.

¿Cómo no tener liviano el sueño si su rodilla izquierda ya era una aspereza de apoyo ante la vida, y su vida una simpleza?!... ¡Pero cortarse así!... ¡Eso no era de un Colacho! Es que la Delicia 'NO' tenía derecho a la pregunta... ¡si él sólo le pidió un baile!... ¡y eran 'las Fiestas de la Virgen'!

Pero claro, la sorpresa, sus diecisiete por cumplir y con más de la mitad bajo las viñas, y esa mansa costumbre de conversarle al silencio le amarraban al Colacho los pasos del regreso contestándose tardío la pregunta.

-...¡“Y síiii!... ¡Yo también l'i había preguntado a Él algunas veces! ¿Y sabes que mi'á contestau?! ¡Para que sepas, yo le ti'á contar lo que mi'á dicho!:

-...“¡Si Yo a vos de había hecho lindo, Colacho! ¡Es más, diría que hasta hermoso! Pero que pasó. Que en cuanto te han visto, me han venido un montón a protestar; el Juan, que quería ser rubión; el Isidro de doña Estarófila que quería ojitos claros; el Shono, que porque era petiso si él quería ser grandote; que al Eustaquio Chancalay la nariz no le gustaba, y así venía cada cual con un reclamo

diferente, y era tal el llanto y descontento que ¡porqué todo pa' uno solo!... ¡y qué estas cosas... y estas otras!, que para ponerle un final al descontento decidí preguntarte a vos, Colacho, lo que haría. ¿Y sabes qué me has contestado?"

- "¡No!"- que le'i dicho yo.

- ¡Y entonces, Él mi'á dicho que yo le'i contestau!: "Parece que ellos lo necesitan más que yo... ¡y se lo cambiemos nomás!... ¡total!...¡yo después me'i de arreglar!"

Entre la penumbra del ocaso ya se divisaba la casa del Colacho y el sendero, se le aparecía como el aroma de las tortillas de su madre. Cuando cruzaba la acequia hacia la puerta le abordó de nuevo el pensamiento.

-... "¡Lo raro es que yo no me acuerde lo que'i dicho! ¡Pero la Licha... no tenía por qué diablos preguntarme si porque yo era tan fiero!"

Los siete pecados

El pueblo era una calle arenosamente larga y en saeta hacia las primeras estribaciones como señalando a la quebrada que le correspondía, del mismo modo que a cada pueblo de “La Costa” le corresponde una quebrada. Era como si alguien hubiese tenido uno en cada dedo y al asentar sus manos, los dejara allí emplazados, y al levantarlas, sus dedos hirieran la montaña en vertederos de aguas cristalinas que todavía lloran de alegría largo a largo en las acequias. A los costados de la calle, mas allá de las acequias y el poleo algunas casas de adobe, otras de ‘quincha’, sostienen sus techos de tierra donde el viento peina ‘sisas pucas’ y ‘saitillas’ poniéndole parches al verde de las viñas, y los álamos juntan sus manos hacia el cielo.

Como ramas de su tronco, ahora rectas, ahora curvas, a la “Calle Larga” le nacen otras calles que se desgajan en hijuelos callejones hacia otras viñas... y otras casas, que entre el follaje abren patios cenicientos agrandando el pueblo a ambos vientos.

En las noches de febrero, cuando la luna matiza los verdes a su modo y le pone brochazos de plata al arenal, el pueblo es un concierto de aromas y murmullos bajo la bóveda de estrellas surcada por ninaqueros que encienden y apagan sus farolas llamando a su pareja. Pero en invierno, cuando el viento blanco escarcha las acequias, y las vides y manzanos son apenas varillas de osamentas

silbando ateridas por el frío, todo el pueblo parece aletargarse, ni la luna se le anima, y temprano, oscuridad y silencio es todo el valle solo quebrado de cuando en cuando por el mugido de una vaca o el insistente tropel de los “cojudos” peleándose el privilegio de las burras a lo largo de la calle.

Por la prieta oscuridad, la luz del ‘sol de noche’ empuja las rendijas de la puerta del “Boliche del Hornero” atravesando líneas en la calle. Allí no hay invierno ni verano, todo el calor bucea sangre en el zumo carmesí que dan las parras o en los fuegos incoloros de la grapa hasta encender las venas y pasar, por los obreros dedos, a las cuerdas de una guitarra magullada que llora, o que canta, de acuerdo a la habilidad del guitarrero y al estado de la mente según haya avanzado o no la noche.

Amancio, el Petiso Amancio, es ¡casi, casi!... el dueño de la noche. ¡Amancio es el que canta bordoneando la guitarra como nadie improvisándole coplas a las mozas!... ¡Amancio es el que baila con garbo y con donaire, y el pañuelo es un pájaro de seda dibujando en el aire sus acosos mientras clava la mirada en los ojos de la dama hasta que la noche le asiste cenicientas complicidades!... ¡Amancio, es el que gana con los naipes!... ¡Amancio es el que....! Pero, ¿quién es Amancio Sánchez? Muchos, ni siquiera se animan a pensarlo -“¡por las dudas!”-, otros, con más oficio de boliche, por allí se animan a sondearlo, pero él sólo contesta con un “¡Aaaahhhah!” ,

levantando las cejas y la risa. Pero si vamos a dar crédito a las lenguas de las viejas... ¡cuántas cosas se dicen del Amancio!...

¡Tantas veces, Amancio, había mordido el polvo del desplante allá en su pueblo! ¡¿Cuántas veces había amado, porque sí, tan sólo por querer nomás, o porque ya estaba en edad de merecer, y había callado, porque un igual número de veces la respuesta había sido una sardónica sonrisa, un abanicar de cabellera ante sus ojos, o unas caderas orgullosas alejándose sinuando el aire para dejar un sabor amargo en la garganta?! ¡¿Y aquellas noches de bailes en que debía contentarse con ver como bailaban, y acodarse en una mesa hasta que la cerveza le volteaba la impotencia?!, esa “cerveza al hielo” que nunca estaba fresca y le dejaba la boca pastosa y de plomo la cabeza martillándole todo el otro día, a medida que el sol le castigaba entre las melgas. Había pasado ya los veinte y todo era igual para el Amancio. Arar; hacer las melgas; cambiar mudanas; capar el zapallar; juntar los choclos; ahogar el amor entre las manos. Hasta que una tarde, como quien no quiere la cosa montó el “barroso” que tenía, así, -“¡en ‘empelo’!... ¡pa’que más!”-, y salió a buscar esa otra vida de la que tanto hablaban los viejos cuando las “rondas” para juntar el ganado les daban un descanso de fogón y mate por las vegas de Anipampa. Azuzó el caballo manejándolo “a talón” y el ocaso lo llevó quebrada adentro a encontrarse con la

noche entre un mar de preguntas en su mente a las que entonces no les hallaba “patas ni cabezas”. Le llevó por senderos y picadas con la luna y un cigarro como única compañía y una fuerza incomprensible como guía, y ahora estaba allí con el mundo ante sus ojos. Tenía el pulso de tal modo acelerado, los ojos inyectados, las sienes en tambores y las manos de papel humedecido. Es que el camino no fue fácil menos aún la llegada, el inicio, y cada prueba que le dejaron el cuerpo adolorido y la ropa hecha jirones, pero ya no era tan sólo un iniciado, estaba allí para elegir lo que quisiera, y así lo elegiría. En la cueva, era todo tal jarana y alegría que los ojos del Amancio se agrandaban como platos. ¡Qué de carnes ofrendes!... ¡cuántos manjares y licores! Tantas cosas allí había, que Amancio optó por lo más atinado para él en ese instante: ver, después decidiría. Aunque una cosa era pensar ver, y otra muy distinta resultaba cuando había que sofrenar instintos y deseos que se enancaban en la sangre y galopaban vena adentro buscando la explosión de algún abrazo. Antes de que el hombre intentara el camino hacia el llamado de una moza, un túnel, como abierto de la nada, le tironeó los pasos hacia la “Sala de las Siete Puertas”. El socavón, enorme, tallado en el núcleo mismo de la roca, presentaba en sus paredes intrincadas figuras donde maestros cinceles combinaban el volumen con los colores de las vetas. El techo, de intenso negro, salpicaba puntos de mica y obsidiana de tal modo que era un cielo. La total falta de

muebles destacaba claramente el único banquillo en el centro de la sala y más aún las siete puertas, que en fina contextura, se iban abriendo y cerrando alternativamente como el suave ondular de una serpiente, como el rítmico llamado de una hembra incitando al paisano a que la explore, y Amancio comenzó traspasando la primera puerta de la noche.

¡...! La pareja, que pasó “como llevándose el mundo por delante”, dirigió una despectiva mirada hacia Amancio que los contemplaba embelesado. Vestían con tal lujo de sedas y de joyas que desplegaban altaneros cada uno de pasos hasta ubicarse en un lustroso redondel de mármol. Una luz, difusa y delicada, iluminaba el escenario reflejándose en el piso del que brotaron los acordes cadenciosos de una zamba. De las manos, como pájaros del aire surgieron los pañuelos, el tul, danza del fuego, era una flor al viento en los dedos de la dama continuando el fino movimiento de su brazo. En el joven, un negro pañuelo revoloteaba viril dirigiéndole la danza tras los giros de la moza. La muchacha, apenas si tocaba el suelo como un beso fugaz de gracia y zarandeo llevados por las esbeltas piernas sobre las que ondulaban con encanto las caderas, que lejos de ocultarlas, la amplia falda modelaba en la caída de la tela acentuando forma y movimiento. El talle, delgado, grácil, era una pequeña base de donde partían volados y encajes que la fina blusa combaba a la altura de

los senos e iban a cerrarse leves al cuello sensual y altivo modelado para el beso. El ovalo del rostro era el marco ideal para unos rasgos distribuidos de modo armónico bajo el ostentoso peinado que permitía a su cabello lucir en todo su esplendor, tal como luce una cascada enfrentándose a la luna. El brillo de botas y de espuelas dejaba tras de sí delgadas estelas con cada paso vigoroso del bailarín, amarrando las miradas en el tintinear de las rodajas. La bombacha, de brocato, denunciaba el movimiento suelto de las firmes piernas, un ancho cinturón tachonado en piedras y en monedas era el límite, a partir de allí, el torso se alzaba en una caja erguida, rígida, altivo maniquí de huayrapucas para la bordada camisa donde los botones mirabanoros de desprecio. Sólo su brazo diestro se movía dando vida al pañuelo que volaba acosos tras la dama.

El mármol, lago de la noche, reflejaba exacto cada avance, cada giro, cada zarandeo de la falda que era un coro de azucenas escapando juguetonas al acoso del paisano. Los arcos sucesivos de las piernas del hombre sobre la piedra dibujaban la exacta simetría de la danza que desplegaban con destreza y con donaire, de este modo, el conjunto sobrevolaba casi lo perfecto, porque a los ojos, sino muertos, les faltaba el brillo humano con que el arte se hace flor en la mirada. Porque a esos ojos, tan sólo los animaba el reflejo que de sus propias imágenes les devolvía la roca y cada uno existía por sí mismo... ¡Por su orgullo!... ¡y su soberbia! “¡Aprenderé también como

se baila!” pensó Amancio como anotándolo en su mente, y continuó el reconocimiento de las puertas.

¡...! El socavón al que daba paso la segunda de las puertas parecía tener un cielo propio. Bajo el azul intenso de la bóveda, un sin fin de estalactitas y salientes de mica y cuarzo semejaban estrellas en constante titileo por efecto de la oscilante llama de las velas. En el amplio espacio, el paisaje, inmensurable, daba la impresión de tener hasta su propio horizonte donde iban a morir las siluetas de los churquis y cardones contra la claridad de alguna luna. En un primer plano, como nervaduras del cielo se alzaban las ramas de árboles raquíticos rodeando protectores un rancho aún más desvencijado. Sus paredes desnudaban los adobes en grandes zonas donde el revoque se había caído hacía tiempo y que las manchas le daban un aspecto leproso donde las arañas tejían su guarida. Por la factura de las puertas, se podía decir que habían tenido sus buenas épocas, pero, ¿quién sabría cuando?!, y todo el rancho era una sombra lejana de esos tiempos. La reseca madera agrietaba las molduras de las puertas y ventanas que a duras penas intentaban sostener los desvencijados goznes, dibujándole otras manchas de rectángulos en fuga que actuaban imán en el Amancio.

“¿Qué habrá en ese rancho?” -se decía-. “¡Porque, si estaba en esta puerta, seguro que era pa’ que vea!”- y la curiosidad hincó la

paciencia del paisano.

Un par de zancadas, y alcanzó el promontorio sobre el que, casi 'echada', estaba la tapera. Acercóse con cautela para espiar por la ventana, la penumbra y el miedo le aceleraban pestaños tratando de acomodar la vista a la escasa luz de la galería que cubría la ventana, estiraba el cuello intentando ver el interior mientras contenía la respiración en el vano intento de que nada lo delate.

“¡Adelante...! ¡Pasá de una vez, en lugar de andar espiondo como hurón entre las tablas!” -le gritaron desde adentro-.

Podría decirse que la sombra del alero contuvo el miedo del paisano, miró a todas partes buscando algo, o alguien que apoye su coraje, estaba solo, tan solo como ese rancho que ahora lo abrazaba mostrándole lo clara que en el patio era la luna.

“¡Qué pasa...!” -volvió a gritar la voz, esta vez como una burla-.

“¡¿Qué venís a espiar si no sos macho?!... ¡Entrá, pues!”

Las piernas le pesaban anclándole a su miedo, aun así se encaminó hacia la puerta.

“¡Pasá y sentate!” -le indicó un hombre que estaba estirado en una cama, y con el brazo, señaló el banco que estaba a un costado-.

“¡Bubu..bu..buenas...!” -balbuceó Amancio un tanto cohibido a la vez que tomaba ubicación en el asiento-.

Lentamente fue inspeccionando la cabaña desde donde estaba; algunas velas, vistiendo de cera las botellas sobre las que guardaban

dudoso equilibrio, desparramaban una luz amarillenta y trémula que apenas alcanzaba para desvanecer algunas sombras dejando zonas de completa oscuridad. Las paredes, en el interior, presentaban el mismo aspecto que por fuera, naciendo de entre las cañas del techo, las manchas barrosas marcaban el rastro de las lluvias hasta casi el suelo. Un par de cuadros, combinando el moho con sus motivos camperos intentaban, juntos a unas boleadoras, dos estribos, y unos dos o tres colgantes, brindarle un toque decorativo a esos muros donde los huecos estallaban enmarcados en tupidas telarañas. En el centro, unas sillas de labrado respaldar hacían ronda a una mesa de Algarrobo de talladas patas y gruesa tabla ocupada por vasos y botellas a las que sobrevolaba un vaho a vino seco y descuidado, y como elemento destacado y destacable, una damajuana mostraba su generosa preñez estirando su cuello del que salía una manguera, que apoyándose por sobre el respaldo de una silla y de la cama, dejaba descansar su otro extremo en la blanca funda de la almohada pintándoles cardenales redondeles toda vez que el hombre, tendido de costado, le imprimía una “chupada” sorbiendo con deleite el rojo vino. Una cómoda sin vidrios y un baúl de tapa abierta completaron la inspección de Amancio Sánchez antes de animarse a mirar de frente hacia la cama.

Un mullido sillón se hamacaba suavemente como guardia de honor al costado de una cama como él jamás había visto ni pensara que

existiera. El contraste que estos muebles producían con el resto de la sala era tan violento, que saltaba a simple vista aun para “un Amancio”. El acabado tallado de la madera pronunciando los volúmenes y suaves oquedades no hacía más que resaltar la solidez de aquellos muebles. El sillón, de retamo y palo santo, acunaba lilas almohadones que de tan muelles, parecían calcar como en espumas el negativo anatómico del dueño, un complejo mecanismo le posibilitaba mecerse aun con la leve intención del cuerpo, y un coqueto taburete haciendo juego permitía apoltronarse con la comodidad del sueño.

La cama, amplia, íntegramente tallada en nogal y cedro, mostraba en el centro del respaldar un laborioso damasquinado con figuras y guardas aborígenes en retamo y palo santo tachonado con detalles de pedrería y nácar. El colchón, relleno en plumón de ganso, junto a las sábanas de hilo daban al conjunto un aspecto de frescura casi etéreo, que más que cama, se parecía a los horizontes de verano de su pueblo cuando las nubes hacen los primeros anuncios de tormenta.

“¿Y cómo te llamás vos...?” -preguntó el hombre mientras buscaba una nueva ubicación a su cuerpo entre los suaves almohadones-.

“¿Yo...?!, ¡Amancio Amancio Sánchez!” -contestó el Amancio poniendo de manifiesto su inseguridad de novato-.

“¿Y qué andás buscando por estos lados?... ¡si es que se puede saber!”

“¿Yo...?! ¡Yo todavía no sé qué es lo que busco!” -comenzó a decir el

hombre restregando sus dudas en la humedad de las manos, pero el otro le interrumpió exagerando los gestos del nervioso Amancio-.

“¿Cómo?!... ¡Que todavía no sé qué es lo que busco! ¿Pa’ que has venido?, ¿a buscar plata?... ¿a aprender cosas?... ¿a encontrar mujeres que te quieran...? ¿Alguna cosa tenís’ que andar buscando...! ¡Nadie se llega hasta aquí porque sí...!, ¡al puro pedo! ¿Y...?!, ¡vas a desembuchar!, ¿o no?... ¿Qué andás buscando?” -insistió el hombre clavándole los ojos y tratando de animarle con una sonrisa-.

“Y bueeeenoo... yyoooo...” -comenzó diciendo el paisano- “¡Quería aprender de todo un poco... ¡a ‘jugar los naipes’ y la taba... a bailar... a ganar plata... y también a que me quieran las mujeres!” -dijo animándose de a poco a medida que nombraba sus anhelos-.

“¿Y tan mal te iba allá afuera?!... ¡Con las mujeres, digo!” -inquirió entre ‘canchero y sobrador’ el hombre-.

“¡Nooooo... !, ¡y sí!” -se contradecía Sánchez- “¡La ‘verdá’ que ‘masomenos!’” -y Amancio comenzó a relatarle cada una de sus cuitas.

Le contó de sus anhelos, de sus noches, de sus días, sus deseos sofrenados por desplantes. Le contó de cómo había llegado hasta la cueva por el hilo de las cosas que escuchara, le confesó cada uno de sus miedos en las pruebas y su firme decisión de superarlas apoyado en su pasado, le compartió cada uno de sus sueños que desde ahora esperaba se cumplieran, hasta que por último, preguntó:

“Y ‘usté’, ¿qué está haciendo? ¿Qué es lo qu’ia pediu?!?”

“¡Nada!” -contestó el hombre- “¡No me hace falta...!, ¡tengo plata, y la plata da pa' todo!”

“¡Y entonces...!, ¿qué anda haciendo?” -se asombró Amancio-

“¡Aquí estoy...! ¡Haciendo 'fiaca'!, y lo único que me importa en esta vida es gozar a pleno mi pereza. Por lo tanto, como ya me estás cansando, ¡calladito te vas por esa puerta!”

Y el hombre se estiró como gato entumecido buscando una nueva posición en la que el colchón le calque su pereza mientras el vino, despacioso, como quien busca ser prudente, trasegaba su marchitado destino desde la damajuana hasta la boca.

¡...! Como un gesto del asombro, las manos de Amancio se hundieron en los bolsillos intentando vanamente encontrar explicación a lo vivido. ¡Tantas preguntas no cabían en su simple cabeza pueblerina acostumbrada sólo al trabajo limitado por los soles, y menos aún, ese para él extraño enfoque de la vida, que por más que le diera vueltas y más vueltas, lo dejaba cada vez más confundido!.

“...¡Y ‘buéeeee...’!, ¡allá ellos con sus cosas...!” -comenzó a pensar Amancio cuando un aroma, por demás estimulante lo sacó de sus cavilaciones-.

Un leve cosquilleo partió desde el estómago subiendo como álamo en septiembre hasta la boca para regresar por la nariz despertando el apetito aletargado por tantas emociones. El olor, si bien muy

agradable, comenzó a sentirse espeso, era como una gelatina envolviéndolo, aprisionándolo, atrayéndolo inexorable hacia la entrada contigua a la que acababa de dejar. Sus pasos le llevaban como por una serpiente del hambre que penetraba hasta su estómago, los olores eran como capas dispuestas a alturas diferentes, y cada una con su característica propia y distintiva. Elevaba un poco la cabeza, y su nariz se sumergía en un efluvio de asado dibujándole en la mente desde el humo y el chirrido hasta el ancho costillar rodeado de mollejas, chinchulines, ubres y “corotas” asándose a fuego lento como solían hacerlos allá en su pueblo. Agachaba un tanto su cabeza, y el olor era de humitas, y el aire se modelaba en doradas “chalas” flotando entre vapores, más abajo, era chanfaina o mazamorra, api zapallo o carbonada, o las ricas tortillas al rescoldo que su madre ponía en el centro de la mesa como una luna llena espantando la pobreza. Si hasta le parecía reconocer aromas de comidas que jamás había probado, pero que por otras bocas se enteró de que existían cuando escuchaba esos relatos con la mente herida.

Sin saber cómo ni cuándo, Amancio se encontró parado en el vano de la puerta con la boca “hecha aguas” y el estómago bramando como río en verano por la urgencia de algo sólido, sustancioso y agradable.

“¡Y esa soda! ¿Quién la paga?” -exclamó un hombre a su vecino de

mesa señalando con un movimiento de cabeza a Sánchez, pero sin dejar ni por un segundo de dar mordiscos a una pierna de cabrito que con ambas manos sostenía.

“¡Parece nuevo!... ¡le habrá invitado el olorcito!” -fue la respuesta apenas balbuceada a boca llena-. Y ambos rieron codeando a los más cercanos para llamar la atención hacia el motivo de sus risas.

“¡Adelante amigo...!” -invitó un tercero- “¡No se quede con las ganas, clavado como estaca, que esto está para chuparse hasta los dedos!” -acotó-. Y uniendo la acción a la palabra, se relamía con fruición las manos que se metían como garras en las asadas carnes de las fuentes para comerlas entre sonoras masticadas.

El coro de murmullos se fue elevando entre los comensales a medida que notaban la presencia del “nuevo” en esa cerrada pantagruélica hermandad, mientras otros, sin prestar atención a lo que a su alrededor pasaba, devoraban cuanto cosa factible de ser comida se ponía al alcance de sus manos en un cerrado aplauso de mandíbulas. Amancio, como clavado en el umbral, no tenía ojos más que para contemplar esa para él fastuosa escena que su atónita mirada presenciaba. Miraba todo con los ojos y la boca tan abiertos, que terminó cosechando tantas risas y chanzas como nunca había recibido. El salón exageraba en decoraciones donde todo, paredes, cortinados, cuadros y tapices eran una clara apología gastronómica. Sobre el

embaldosado de rústico granito se distribuían mesas de lo más heterogéneas, tanto en tamaños, como en formas y servicios, y aun entre los mismos comensales primaba igual característica; unos, con afectada delicadeza en gestos y ademanes; otros, con la naturalidad de mundanos sibaritas; los más, con tal rusticidad que en muchos casos llegaba a lo grosero. De ese modo, los finos vinos y licores, los delicados platos y manjares que algunas mesas ofrecían, contrastaban orgullosos con la simpleza rasa de otras mesas donde las manchas de vino y grasa dibujaban mapas en las tablas. Sin embargo, en mesa rica o en mesa pobre, los vasos nunca estaban quietos ni vacíos, y los platos, fuentes o bateas, sean de plata, greda o algarrobo, pintaban abundancias que hacían elevar la alegría en los “obligos” y convites que animaban a todo el paisanaje que comía y bebía sin que se notara merma alguna en lo servido.

Todo lo miraba Amancio Sánchez con los ojos tan grandes como esa fuente de chanfaina que con su aroma le invitaba a una mesa del costado; todo le atraía hechizándole en sabor y aroma que su mirada, saltimbanqui de las mesas, era un martirio para su estómago que parecía ya tener pies y manos empujando hacia los platos, hasta que su vista quedó liada a color y aroma por el gran mesón en el centro de la sala. ¡Eso sí que era mesa...! Allí sí que sus ojos se abrieron realmente del tamaño de su boca que tontamente dejaba escapar un hilo de saliva hasta su pecho.

Es que Amancio jamás imaginó que para servir una mesa existieran tantas cosas, o al menos, que para algunos fueran necesarios tantos elementos. Platos, fuentes, bandejas, bandejitas, cubiertos, vasos, copas, copitas, jarras, botellas, botellones, y un sinfín de vajilla y utensilios se distribuían con gracia entre servilleteros, candelabros y floreros. Los había de todas las formas, tamaños y colores. El cristal, el oro, la plata, las piedras más preciosas opacas y brillantes, el hueso, la madera, y todo material factible de ser tallado o modelado estaba allí, y cada uno, con su comida o bebida a la que exaltaba cual mercader alaba de lo que ofrece sus bondades.

A ambos lados de la mesa, en cómodas butacas que con el mínimo de los esfuerzos corrían sobre rieles perfectamente enaceitados, un hombre y una mujer se deslizaban de un extremo al otro sirviéndose con tal avidez de cada plato, que más que comer, engullían la comida que empujaban con los dedos ayudándose, cada tanto, con un sorbo que tomaban del vaso o de la copa más cercana.

El hombre, de una cabeza calva y reluciente coronada por un listón de enmarañado pelo enclavada en una papada enorme y grasosa, por momentos breves parecía abandonar la absoluta concentración que a su actividad brindaba, recostaba con esfuerzo su cuerpo contra el respaldo de la silla, se frotaba el generoso vientre con sus manos emitiendo un eructo sonoro y pronunciado, movía su humanidad cabalgando el rechinar del sillón que lo aguantaba,

estiraba apenas la papada como tratando de desagotarla, y con renovado brío se zambullía otra vez en su tarea.

Hombre al fin, Amancio dirigió su atención hacia la dama. Sus tobillos, eran un pase armonioso entre unos pies pequeños y las piernas, que si bien eran gruesas, se modelaban con gracia sugerente lo que le daba un toque delicado cuando ella, femenina, con la punta de sus pies rozaba el piso para hacer deslizarse el sillón sobre los rieles largo a largo de la mesa. Entonces, las piernas, suspendidas de costado, semejaban rozagantes jamones bajo las amplias caderas que generosamente rellenaban el asiento. Los brazos, rollizos pero plenos de armonía, florecían en unas manos febriles y pequeñas. El amplio escote dejaba escapar la gran comba de sus senos que agitados, subían y bajaban galopando el esfuerzo de sus pulmones por atrapar el aire necesario. Un grueso cuello sostenía la cabeza que en contraste parecía empequeñecerse sobre el cuerpo. El pelo, delicadamente cortado “a la garzón”, despejaba un rostro que de no ser por la gordura, realmente hubiese sido hermoso, resaltando unos ojos ligeramente oblicuos que apuntaban hacia la nariz pequeña y respingada casi perdida entre el vigor de las mejillas, unas mejillas plenas que trabajaban a destajo debido a la intensa actividad de ambas manos.

“¡Hola rico...! ¡Acercáte y comé!” -exclamó la mujer al percatarse de la mirada de Amancio que permanecía parado en medio de la puerta-.

“¡Vení!... ¡Que esto es vida!” -insistió-.

Mientras la mirada envolvía al muchacho en porcos ojos, ni tan siquiera por un instante dejó la mujer de devorar lo que podía. Sus manos eran dos pistones; ¡desde la fuente hasta la boca...!, ¡desde un plato hasta la boca...!, ¡desde otra fuente hasta la boca...!, ¡desde otro plato hasta la boca!, mientras ésta masticaba y tragaba sin descanso y hasta a veces, más de lo que su propia capacidad le permitía, dejando escapar por la comisura de los labios un poco de comida, de tuco, o de aceite que resbalaba cuesta abajo la quijada, dibujaba una brillante y diminuta acequia en la papada y un pequeño estanque escarlata en la blanca servilleta anudada a la base de su cuello. O serpenteaba internándose en el valle de sus senos de donde la retiraba con los dedos para llevarla de nuevo hasta la boca.

Una culebra sensación comenzó a retorcerse en el estómago de Amancio, se fue elevando lentamente, y en la garganta tomó forma de asco. Su mano se olvidó de la empanada que una moza hacía instantes le sirviera, y giró presuroso a buscar el aire que la visión de la gula le negaba.

Como en una pantalla de cine mudo la mente de Amancio se empecinaba en repetir ampliando y achicando las imágenes vividas, esos rostros que eran bocas intentando, vanamente, procesar tantos bocados como las manos les llevaban, esos ojos de

hambre insatisfecha, esas manos lustrosas y el olor, que se escapaba de la sala para venir a hacerle aún más imperante la necesidad de aire puro, aire, que como un bálsamo borrarla la impresión de asco que sentía relajándole el estómago y que el encierro de la cueva le negaba casi hasta asfixiarlo.

El chiflón de viento le llegó como un cuerpo serpenteante que se abría paso por entre la espesura de olores trazando un sendero con ese inconfundible aroma a campo abierto mojado de rocío que tanto le gustaba. Amancio, como quien tras desesperado esfuerzo alcanza la superficie de las aguas, llenó de aire sus pulmones hasta saciar de oxígeno su sangre, comenzó a caminar al encuentro del viento que le bañaba la cara y refrescaba los sentidos restituyendo parte de sus fuerzas. A esta altura de la noche, su mente se había acostumbrado por sí sola a formularse y rechazarse las preguntas sin importarle en demasía las respuestas, total, en un lugar sin lógica como éste, donde todo podía suceder y nada era imposible, las preguntas de nada le servían.

En un rincón de la sala, entre un jardín de estalactitas que descomponían la luz en iridiscentes colores, un arco en la piedra era la salida a un vallecito que se extendía iluminado por la luna, cuya claridad mostraba a su manera frutales tan cargados que las naranjas, duraznos, membrillos, manzanas, y cuanta fruta uno se imagine se arracimaban doblando los gajos hasta casi el suelo. Los viñales

extendían su verde horizontalidad hasta donde la vista permitía, y cada tanto, blancos cajones indicaban la presencia de colmenas tan repletas, que sus bocas parecían polvo de oro a la claridad de la noche. Desde la derecha, una quebrada traía un ancho hilo de agua que bajaba danzando entre las piedras para venir a reposar por un momento en la placidez de un estanque enmarcado de alameda para luego, por las compuertas a medio izar, salir en cascadas y abanicos e ir a explayarse entre las melgas sin necesidad de mediero ni hortelano. A un costado, contra el cerro, cercos de rama y pirca hacían las veces de corrales donde se mezclaban el balido de las cabras y ovejas con mugidos y rebuznos que en compactas tropas pacían plácidamente aprovechando la alfalfa que crecía como en el mejor de los potreros. Más cercana, una pequeña huerta dejaba entrever la generosidad de la tierra en la abundancia de verduras y hortalizas que, de acuerdo a lo que a simple vista se observaba, jamás habían sido cortadas, por lo que algunas especies estaban ya asemejando. Saliendo por la puerta, se abría en patio un gran manchón de tierra apisonada blanqueada por la luna y ocupado, justo en su centro, por un rancho que si bien no alcanzaba a ser tapera, tampoco le alcanzaba para casa lo que no dejaba de ser una curiosa paradoja en aquel valle que parecía ser la morada de los dioses, o por lo menos, haber pasado allí alguna de sus noches encantadas, puesto que a simple vista se notaba la prodigalidad de Pachamama,

la sensual fertilidad de Saramama, de Yacumama la vital frescura y hasta la placidez paternal de Yastay cuidando del ganado, ello, sin olvidar los pechos generosos de Zapan Zucúm sazonando la algarroba bajo el manto lechoso de la Quilla.

El rancho, sin puerta, sin ventanas, dejaba escapar la amarilla luz de las velas estirando temblorosos rectángulos en el llano patio, o bien, creaban un cielo de motas luminosas en las paredes de quinchá donde el pus-pus y la jarilla no alcanzaban a cubrir todos los espacios permitiéndole escabullirse del mismo modo que lo hacía el viento, a su capricho y a su antojo.

Amancio, desde el linde del patio, pensativo, contemplaba el bucólico paisaje cuando un monótono murmullo que llegaba apenas desde el rancho acicateó su natural curiosidad, con sigilo, se acercó hasta confundirse con las sombras del alero. Metálicos tintineos separaban palabras tan cortas, que recién cuando estuvo en el hueco mismo de la puerta pudo descifrar al contemplar la figura de un hombre, que apenas vestido con un pantalón que de tan roto más parecía un taparrabo, arrodillado ante una enorme petaca de cuero llena de monedas de oro, las miraba con arrobó mientras las contaba una a una. Las manos, huesudas, larguísimas, se enterraban estirando los dedos como horquillas para levantarlos cargados de monedas que caían en una lluvia sonora y luminosa. Entonces, sus ojos se abrían hasta escaparse de las órbitas, las babas del placer le

murmuraban palabras incoherentes... y nuevamente las contaba. Por momentos, giraba su cuerpo desgarrado hasta quedar recostado contra una segunda petaca llena de billetes de todos los tamaños y colores, los abrazaba acariciándolos con los cabos de su barba, los arrullaba, los besaba, los tocaba buscándole relieves al dibujo, y su mano se abría araña para salir de ronda por todos los límites del baúl celoso centinela. Se volvía luego enfrentando otra petaca, y las monedas de pura plata, le bañaban de luna las pupilas mientras las velas jugaban a escondidas entre el millar de lucecitas, y otra vez las contemplaba... acariciaba... y retomaba su conteo interminable. Cada tintineo era un chispazo que le agrandaba los ojos deformándole la cara, y cada gesto le mezclaba el miedo con el dolor y el placer a medida que las monedas caían de su mano.

Largo rato estuvo Amancio contemplando ese ‘espécimen’ común por estos días. Impresionado por esa galería de muecas que era la cara cuando arrobaba como a un niño los fajos de billetes, o contaba, con la gravedad de quien recita un salmo, sus monedas que sonorizaban metálicas montañas en las petacas para el íntimo gozo de sus ojos. Unos ojos, que de pronto cambiaron de expresión cuando el hombre, tras acariciar una gruesa petaca con monedas, acomodó su cuerpo encima de ella como un amante sobre la reina de sus sueños, y entre mimos y caricias comenzó a moverse como una víbora en el médano tratando que las monedas le cubrieran todo el

cuerpo como si quisiera poseerlas y que ellas también lo poseyeran. Se llenó el ambiente de una rara sensación de posesión indefinida que casi podía leerse en la tensión de los músculos del rostro y en los ojos velados del hombre, que parecía asimilar por cada poro de su cuerpo la esencia del dinero.

“¡Parece el Turco Amado!” -pensó Amancio desde su lugar de observación en el vano de la puerta-. “¡Está más loco qu’i una cabra!” -acotó ahogando una sonrisa-.

Quizás, Amancio no alcanzó a ahogar del todo su sonrisa, tal vez, algún ínfimo roce de sus manos con la tela al llevarlas a los bolsillos, acaso algún sexto sentido que aguzara el hombre en el temor pueril y enfermizo de perder, aunque más no sea un céntimo, en mano de un extraño, pero algo alertó de pronto al individuo sobre la presencia de Amancio en la puerta de su rancho. Como una fiera se puso de pie enfrentando al intruso, cubriendo con su propio cuerpo las petacas de la razón de su existencia, abrió los brazos como tratando de impedir el avance de un batallón inexistente preanunciando los saqueos, hacía gestos y ademanes entre gritos, chillidos, y conatos de agresiones, su vista, enloquecida, iba y venía desde el dinero hasta la puerta desde donde Amancio lo miraba entre asustado y sorprendido.

“¡Bbbbu.... bububueeee... bu... buenas...!” -alcanzó a decir Amancio ya con miedo ante la furia demencial del hombre, pero éste, sin

decir ni agua va, ni agua viene, se armó de un garrote de tala que sacó de entre la quinchá, y la emprendió a garrotazos contra el intruso maldiciéndolo a los gritos-.

Sánchez, que recibió un par de palos por la espalda y las costillas, salió como alma que se lleva el diablo y, en un santiamén, jadeante y dolorido, estuvo nuevamente en la cueva de la cual saliera en busca de aire puro.

“... ¡Putá que m'ia ido fiero!” -fue el lacónico comentario del paisano, y se sentó en el banquillo a descansar del susto y la corrida-.

Los gritos sacudieron el pequeño descanso que se había propuesto Amancio Sánchez:

“...¡Trucoooo...!”

“...¡Eche taba, compañero...!”

“...¡Quiero ver dijo una vieja!... ¡y se tiraba la oreja...!”

“...¡Lindo tiro!... ¡clavau' quedó ese queso!”

“... ¡¿Querís ver?!... ¡ya t'i hago ver!... ¡¡¡QUIERO RETRUCO!!!!”

Y los gritos se amontonaban para salir en tropel por la ranura de la piedra entremezclada con la luz que ya había atrapado la mirada de Amancio. Las puntadas de dolor en las costillas y la espalda aún se empeñaban en recordarle el resultado de su última experiencia, pero la curiosidad... ¡cómo tiraba! Una extraña urgencia le atraía hacia esa faja de luz que se abría paso a risa y grito entre las grietas. De todos

modos, debía en esa noche reconocer las siete puertas, ésta era la quinta, y a juzgar por lo que escuchaba, todo en ella era una fiesta, y al Amancio, ¡vaya si las fiestas le gustaban!, aunque mas no sea 'para mirar y cabecear', ¡pero le gustaban!

Con la cautela del recelo se acercó el hombre hasta la entrada; la nueva sala, amplia, semejaba un patio traído de los Llanos de La Rioja, y grupos de paisanos jugaban a los naipes, a la taba, o simplemente bebían acodados en un mostrador cubierto en redondeles de manchas, vasos y botellas. Alrededor, el "chiquillaje" retozaba entre la paisanada ante el vano intento de las mujeres por aquietarlos. En Amancio, la curiosidad le fue ganando a la prudencia hasta decidirlo a trasponer los umbrales y entremezclarse entre los grupos 'mironeando' absorto las animadas ruedas hasta que, sin percatarse, se chocó de frente con un hombre de enmarañado pelo y ojos fríos que con un solo movimiento del brazo lo apartó de su camino, pasó a su lado sobre el acentuado tranco de sus botas, se dirigió a una rueda donde unos paisanos jugaban a la taba, se abrió paso a codo y balanceo, alcanzó la cancha, aplanó el queso con su amplia bota y casi en gruñidos ordenó una taba que alguien se apresuró a colocársela en la mano.

El hombre tomó 'el hueso', lo hizo girar varias veces en el aire recibéndolo en su enorme mano para calcularle peso y capacidad de giro, entreabrió las piernas buscando la posición y el equilibrio, por

“...¡lllllllllluuuuuuu!... ¡Así se tira, carajo...!” -gritó el hombre pavoneando su orgullo ante el paisanaje que festejaba sobre un gesto de alivio.

“¡Salú pa’ Don Amaro...!”

“...:¡A ver vos, ‘cara’i trompo’, alcanzame otra vez la taba y aplana el queso!” -resonó el vozarrón de Amaro López antes de reiniciar el rito; los ojos en dos hilos con la palma, calcular de la taba su peso, su volumen y sus formas, sopesarle hasta el aire en cada giro, buscar la ubicación, medir distancia... el brazo en vaivén extendido hacia adelante... los ojos en saeta completando el triángulo “queso” tierra y hombre... las piernas entreabiertas, dos flexiones... y la taba por el aire va anudándole los ojos a todo el paisanaje, los lentos giros, cada vez más lentos, van marcando el ritmo de todos los latidos, la taba que inicia su descenso, la parábola que aterriza la suerte de costado y enreda los ojos rodando por el suelo.

“... ¡¡¡culooooo...!!!!” -murmuró la paisanada y la aplastó el silencio-.
“¡El Macho Amaro no hace culo...!” -atronó la voz del jugador recorriendo con la vista la fila de mirones que, clavados al piso, asentían o negaban con la cabeza todo cuanto Amaro les decía-. Nadie hablaba, sólo el hombre gritaba cada vez con más fuerza hasta que las venas del cuello se le hincharon como sapos, se le enrojecieron los ojos, como a un perro encarnizado se le fue encrespando el lomo hasta que en un solo movimiento tomó a un paisano por la solapa azotándolo contra el suelo.

“¡Vos me has ‘pajariau’ el tiro!... ¡Güascho e’ mierda!” -gritaba-
“¡Y vos...! ¡¿Qué mirás con esa cara de vaca que ha perdiu’ el ternero?!”. Y sin más ni más, tomó al mozo por los pelos, lo hizo girar como a bolsa por el aire, y lo tiró de espaldas justo en medio del fuego entre un grupo de mujeres que mateaban. Gritaban las hembras ante el olor a carne quemada por las brasas y el agua de la pava acrecentando la furia del paisano.

... “¡El Macho de Las Pampas no hace culo!” -repetía-.

Con cada grito, un nuevo ser era azotado contra el suelo, lo pisaba, lo ‘pateaba’, lo sacudía elevándolo por sobre su cabeza, y como una amorfa masa lo sumaba a una pila de torsos, de brazos y de piernas que se mantenían estáticos en la posición exacta en la que habían caído sin siquiera emitir lamento alguno por temor a la iracundia. Cada grito aumentaba su saña destructora, la sangre parecía ena-

jenarlo hasta casi estallarle por las venas y las venas por los ojos cuyo único color ya era el rojo, y castigaba, y gritaba, y destruía gente, perros, mesas, sillas, todo contra el piso para levantarlo nuevamente y arrojarlo en la pila cuya cima estaba ya en los techos sin que nada, ni nadie, hiciera el menor gesto de intentar calmarle.

Amancio, en un rincón, estaba hecho de piedra, para no atraer su atención ni siquiera respiraba, ahora sí que las órbitas de sus ojos le dolían intentando contenerlos, si hasta el miedo le dolía por el solo hecho de mantenerlo callado como callada le exigía mantenerse a su cabeza que trabajaba a toda prisa buscando las respuestas, aunque su otro lado se exigía rechazar toda búsqueda de respuesta por temor a que la mente hiciera ruidos que pudieran delatarlo. Amancio era apenas un ovillo tembloroso... con dos ojos. De pronto, y del mismo modo que empezara terminó todo, reinó la calma en todo el patio y la risa, el juego y la jarana fueron otra vez el motivo de la cueva. Amancio, ya fuera de la sala y de su miedo, cavilaba; -¿Qué sería?!, pero no quiso volver a averiguarlo... por si acaso...

El paisano, con el ánimo curvándole la espalda sentóse a descansar en la amplia Sala de las Siete Puertas. Muchas cosas había visto en esa noche, algunas más, algunas menos... ¡pero esto! Ver cómo alguien castigaba gente a su antojo hasta convertirlo todo en un saco de car-

nes y de huesos, y todo por haber errado un tiro de taba, esto sí que era algo que no le entraba en su cabeza, por más que lo intentaba, no le entraba. Pero el dinero y el poder... ¿qué es lo que no daban? Pediría también un poco de esas cosas -caviló-.

Ante él alguien se detuvo, agachado como estaba descargándose los miedos, lo primero que vio fue un par de pies, pequeños, delicadamente blancos sosteniendo unos tobillos aún más delicados bajo un par de hermosas pantorrillas que hicieron regresar la sangre de Amancio a medida que sus ojos se abrían en ascenso. Las rodillas, firmes, daban paso a unas piernas donde los muslos, en suave arco, se ensanchaban en unas caderas que generosamente enmarcaban la leve curvatura del vientre aceitunado sobre el triángulo del sueño y se enangostaba en la cintura hasta la exacta medida de la tenaza de los dedos. Más al norte, para temblor de los labios del Amancio, los senos apuntaban en eréctiles pimpollos que ascendían y bajaban en estudiados suspiros de tortura como pequeñas catedrales de la vida. El cuello, casi frágil, era un insolente reto a todo beso, como reto voluptuoso era su risa.

“...¡Mozo tonto!, ¡levantate y seguime que aún quedan dos puertas esta noche!” -y etérea, corrió puertas adentro seguida por los ojos de asombro de Amancio Sánchez-.

La abertura por la que había desaparecido la mujer daba a un espacioso dormitorio cuyas talladas paredes de mármol y madera

ostentaban espejos en ángulos distintos y apuntando todos hacia el centro, tapices y pinturas de eróticos desnudos y poses amatorias se intercambiaban paulatinamente de modo tal que cada muro era un kamasutra en continuo movimiento. El techo, como un jardín de flores de obsidiana reflejaban los colores según los caprichos de las lámparas, y en su centro, como un lago de los cielos, un espejo reflejaba la cama colocada en el medio de la sala de tal modo, que Amancio se preguntaba si aquella cama estaba en el cielo, o si el cielo era esa cama donde, entre tenues velos, se extendía a toda oferta ese cuerpo que hacía instantes lo invitara.

Las blancas sábanas eran el justo marco para el color greda de la dama, y la greda, fuego necesita para ser sonora alfarería. Apoyado en el marco de la puerta, Amancio exploraba el mundo maniatado por la urgencia, miraba cada valle y las colinas, el atrio y los portales, el campanario y las aldabas, miraba con los ojos lamiendo cada poro hasta verse de nuevo invadido por aquellas tantas noches de rechazos. La María, aquella negrita de la risa fácil como fáciles sus saltos sobre los cercos hacia los encubridores pastos de las viñas; o la Níco, esa petisa de caderas generosas compartiéndolas alegre... con los otros; o la Flaca de los Fuentes, que era un junco, pero que la blusa no disimulaba que arriba todo lo tenía y ella, ¡bien que lo sabía y presumía!, y ¡tan-ta moza suelta y cariñosa!, y sin embargo, jamás ligaba nada en el repar-to. Su mente era un confuso torbellino de recuerdos contrastando con

la promesa de presente que desde la cama proclamaba las caricias.

“¿Qué pasa! ¿También a esto tenés miedo?” -serpenteó la voz ante la duda del paisano-.

“...¿Que esperás?!... ¿que en los pantalones te exploten los veinte años? ¡Vení...! ¡tirá el recuerdo de esas chinitas aprendices que aquí vas a saber lo que es realmente una mujer! ¡Animate...!, ¡ya no esperes!”

El hombre, de pie ante la cama, tiró junto a la ropa su embarazosa timidez de campo y el abrazo fue una ronca explosión animal debatiéndose entre la torpeza del hambre conmovido y la sutil habilidad de un cuerpo capaz de hacer de gozo hasta la situación más inverosímil. Las uñas araban la ruda espalda desde el cuello hasta las ingles abriéndole tranqueras al galope. Los muslos en arco cinchándole la urgencia le llevaban a sus primeros cabildeos de jinete, pero los callos de sus manos, heridos por la tersura de la greda en fuego, lo traían nuevamente a cada forma que amasaba voraz, como la roja agonía del cielo de las tardes, como el Huayco Hondo bramando en las crecientes, como el viento zonda entre las piernas de septiembre.

La húmeda piel era un tenue roce, o una fricción enloquecida sobre el ondulante cimbreo de la dama hasta llevarlo a Amancio por el filo del jadeo de macho encabritado hasta la explosión luminosa de los hombres...

No había llegado aún al fondo de la última embestida cuando Amancio se sorprendió sentado todavía en el banquillo de la Sala de las Siete Puertas.

“...¿Cómo?!... ¿y la cama?...¿y la ‘mina’?” -se preguntaba-.

“...¡Apure, apure!, ¡que se viene el día y todavía le falta la otra puerta!” -le contestó una vieja tomándolo por el brazo, y casi a rastras, le hizo traspasar la última abertura-.

“...¿Pero cómo?!... ¡si éste es mi pueblo!” -protestó el hombre-.

“¡Claro que lo es!, ¡y es allí donde conocerás la envidia!” -fue la lacónica respuesta-, y tras el canto del gallo se cerró la cueva a espaldas de Amancio.

SEGUNDO PREMIO
TERESA DEL VALLE DRUBE
PROVINCIA DE TUCUMÁN



Atanasio *-Cuento premiado-*
La sombra
Historias de unas manos
Certeza
El regreso

Atanasio

-Mire vea, don: le juro por Dios que no le miento. Treinta y seis años trabajando como enterrador, y la primera vez que me pasa. Ah!, pero sepa que yo lo sabía del principio: nomás me traen a la finadita del carnaval, y yo me digo, dije: -¡Agarrate, Atanasio...! mala cosa es esta...! Bué... Usté malicia que le miento, ¿no? Por eso me dice ¿y d'íay? Claro, por qué...¿¡por qué!?... lo que Usté no está enterado, por más juez que sea, es que a la pobrecita la mataron de error. Querían matarla a la prima, pero esa noche, para ir al baile del club, se habían prestado la ropa. Y así, la prima iba vestida de ella y ella de la prima. ¿Se va dando cuenta, no? Entonces va, y viene el novio de la otra -que se había enterado que lo engañaba con el negrito que la había llevado al baile-, medio mamao, en la oscuridad, y parecidas que eran, viene -digo- y me la difuntea!

¡Pobrecita...! Recién acababa de cumplir los diecisiete añitos...¡y era de churita...! No le miento, vea don, ¡parecía la mismísima Virgencita del Valle, ¡ le juro por Dios!!... Vaya, vaya, nomás y mire la fotito que la madre ha puesto sobre el nicho, ¡y va'ver!... Yo no la conocía, pero mi hermano -el albañil- trabajaba en una obra con un tío de ella y de ahí que me lo cuenta. ¡Qué lástima que me ha dado...! -vea, don: se me pone la carne de gallina cuando me acuerdo!- Y todavía encima, la chica andaba ya por casarse con

el empleado de la zapatería de don Arias, el que se sacó la lotería hace como cuarenta años, y así puso el negocio... ¡Hay que tener suerte, carajo...! aunque ahora han cambiado tanto las cosas, que nada alcanza, ¿no?... Bué... Sigo: el caso es que él estaba con ella. Dicen que está loco. Que no reconoce a nadie: mira fijo y así está. Ni habla, ni come, ni responde nada. Muerto en vida. ¡También!...

Bué... el caso es que la enterrábamos de mañana. Hacía un sol de locos, pero, cuando se acercó la hora, empezó a nublar y correr viento, ¡que Dios me guarde!: con decirle que eran las once y media y ni podíamos acercarnos a la tumbita, y el entierro era para las diez. El curita había rezado tanto, que ya no se le entendía. La gente no sabía dónde ubicarse: llovía por todos lados. La decisión de alguien de dejarla en el depósito y que yo la entierre solito después, hizo llorar a grito al padre. ¡Viera! La madre, que parecía más cadáver que los del camposanto, dijo que se quedaban hasta el final. ¡Menos mal, ¡porque la verdad es fiero el cementerio cuando llueve...!

¡De más está que le cuente -creo- lo que fue el sepelio de la pobre niña...!

Ahora nomás lo digo qué pasó después: cuantito bajamos el cajón, el cielo se cayó. ¡Ave María Purísima! ¡Viera!... El cura bendijo a las apuradas -total, ya había rezado mucho, ¿no?- trancamos la puertita y salimos como rata por tirante.

No paró de llover en todo el día, y a la noche fue peor...yo estoy

acostumbrado, vea...son treintiséis años en esto...pero...no sé por qué, esa noche tenía miedo. ¡En serio! Cerré todo bien, y me encerré en mi casita.

No podía dormir y habían cortado las luces. Prendí la radio chiquita. ¡No sé qué!, pero me sentía mal acompañado. No quería mirar para la oscuridad ni la ventana, porque sentía que iba a ver “algo”. Tomaba unos mates alumbrándome con un farol de quero-sén y comía un poco de pan amasado -de la Juana, ¿no?- con salame, cuando vea, casi me muero!...Un llanto profundo vino mezclado con el ruido de la tormenta: era de una mujer dolida hasta no dar más.

Mire vea, don: le juro por Dios que nunca, pero nunca, me había pasado nada igual. Ahí nomás me doy cuenta: ¡la finadita! Temblaba como loco asustado...! Y le cuento en confianza: ¡me cagué de miedo! - con el perdón de la palabra, ¿no?- ¡me cagué de miedo! Después me doy cuenta que estoy todo sucio. ¡Viera el lío, don!, porque no tengo más que este pantalón y el cañito está ahí afuera. ¿Cómo salgo y lo lavo? ¡Ni a empujones salía! Lo peor fue cuando empezaron a golpear la puerta con fuerza. Era más de la una de la mañana y la tormenta seguía con toda... Yo, cagado de arriba abajo, y la puerta que se movía toda por los golpes. ¡Para volverse loco, vea!...

Pero qué le cuento que era mi compadre el Pedro, que venía de

la bodega, y como ésto le quedaba de pasada, se vino a guardar del aguacero. ¡Bendito!... Mire vea, don: ¿qué quiere que le diga!?, ¡me agarró un alivio...! Se lo juro por Dios. ¡Lloraba como chico de los nervios!... Bué... entonces va el compadre y quería saber por qué estaba yo en ese estado tan lamentable. Iba'contarle, cuando vea ¡otro relámpago!, ¡un trueno del infierno y el horrible llanto que vuelve...! ¡Nái que le digo!, ahí nomás lo veo al compadre blanco como muerto: temblaba todo y los ojos se le salían de la cara! Él, que es tan corajudo, metió un grito y rajó bajo la tormenta!...

A los días vino la comadre a prenderle velas a la madre y me contó que -desde la noche ésa- al Pedro no había quién lo saque de la cama: hablaba solo, rezaba todo el día y había que acompañarlo hasta para ir al baño, vea!

Bué...pero ahí no paró la cosa: toda la noche la finadita lloró. Ya no veía la hora que amaneciera. Pa'colmo, con tanta agua, la madrugada vino oscura y lerda. Tempranito, vino la pobre madre a acompañarla... ¡qué le iba a contar cómo se había portado su hija!. ¡Póngase en mi lugar! Demasiado con el dolor que tenía esa sufrida mujer...

Mire, don: me pica el hombro -¿me quiere rascar?- yo no puedo con esta cosa que me han puesto que no me deja mover los brazos, ¿qué me han metido faja?...¡ay, Dios!

Yo me había hecho al llanto, y -¡en serio!- casi ni lo oía. Entonces,

una noche que estaba clarita la luna, salgo de recorrida. Cuando voy por el segundo cuadro, veo a alguien sentado en una de las cruces: "Problemas, Atanasio" - voy y me digo - porque la verdad, yo creía que se me habían metido ladrones o esos changos que usan el lugar para hacer apuestas de coraje. No. No había nadie. Nadies de nadies. Sigo otro poquito y... ¡de nuevo...! Pero ahora la veía clarito: era una chica toda de blanco, medio petisita nomás, con el pelo cortito y llena de rulos. Y ahí voy y me espanto: ¡la finadita!, ¡viera!, ¡me'cáido antarca!... Entro a correr y me pierdo los lentes y la linterna. A la mañana, estaban bien acomodaditos en mi puerta. ¡Qué joder!... Agarro y voy y hablo con el padre Serafín. Le cuento todo -ahí está él, que no me deje mentir-. Él le puede decir, total, no era secreto de confesión... él dijo que eso era imposible: que él que se va, no vuelve... que no molesta a nadie... que goza feliz del Reino de Dios y ¡tantas cosas!... Entonces, para tranquilizarme, bendijo la tumbita y volvió volando al pueblo, porque tenía el casamiento de la hija de los Rosales - según dicen, de apuro - ... Está bien... sigo... sigo... ¿dónde iba?... ah, sí: el cura: se fue nomás.

Vea... me quedé pensando en lo que me dijo... y sí... algo de razón tenía: yo, en treintiséis años, no había visto ni oído nada... ¿por qué iba a ser la excepción esta almita de Dios? ¡Bendita!, ¿qué pecado podía tener?: soñar mucho, desear ser feliz, no creo que sea pecado grave, ¿no?

Pero, por las dudas, esa noche no hice ronda. Quería rezar antes de dormirme; pero ni me acordaba, que Dios me perdone. Y eso que todos los días estoy oyendo rezo a toda hora... ¡pero uno ya ni presta atención, vea...!

No alcancé a dormirme, cuando empezaron a caminar alrededor de la casa. Al ratito nomás, me soliviaron los sollozos: primero despacito, y después, cada vez más fuerte. ¡Lo peor es que ahí comenzó a arañarme la puerta!... ¡Ave María Purísima!... Mire vea, don: ni a mi peor enemigo -oiga bien, ¿no?- ni a mi peor enemigo le deseo eso... ¡Póngase en mi lugar y va a ver...!

En la mañana, hablé con el administrador: me sacó piteando, vea... ¡Dijo que estaba loco y que vaya pensando en jubilarme porque estaba viejo!

Mientras limpiaba las callecitas, pensaba en esto y me dije, digo: - ¡Y sí...! Algo de razón tiene él también... estoy viejo y me estoy volviendo cobarde; ¿qué mal puede hacerme ese angelito? Todo es imaginación mía. Hay tanto malnacido bajo estas lápidas, tanto bicho ponzoñoso que ahora se están quietitos... quietitos... No molestan a nadie y, encima, alguien viene y les reza, llora y les pide gracia... ¿qué cosa, don, si viera!? Bué... si alguno debiera andar espantando, no sería esta criatura que descansa en paz.

Agarré y me fui hasta su tumba; la limpié prolijito. ¡Me sentía tan mal por haber dudado de su almita inocente! Le puse un rosal

blanco, le regué y fumigué el jardincito. Le dejé todo bien churito... ¡viera!

Miré un rato su retrato: ¡qué carita más preciosa! ¡una hermosidad! ¡Me sonreía con una dulzura...! ¡Parecía la dueña de todo...! ¡Qué quiere que le diga...uno es bruto...y entonces, voy y le digo - “Ay, mi hijita, la verdad...¡qué triste destino el suyo!...Si todavía no ha gozado nada, pobrecita...! ¡Qué injusticia!...Vea: si pudiera ayudarla de cualquier forma lo haría...” Alcé mis herramientas y me fui, triste como nunca...

Esa noche, cuando menos esperaba, porque estaba tranquilo, con un silencio calentito y yo veía una película en la tele, mientras tomaba unos matecitos, ¡qué le cuento!: empecé a sentir que me miraban. No quería ver. Quería seguir en lo mío, pero...me doy vuelta despacito y ahí, en la ventana, apoyada llorando con mucha pena, ¡estaba la finadita! Casi me desmayo, ¡viera!... Pero ahí nomás la veo y me dio una lástima... Lloraba bajito, con gran dolor del alma, -si se quiere-. Mire vea, don: no sé de dónde saqué coraje y me acerqué: -M'hijita... ¿qué le pasa?, ¿por qué esa rebeldía?, porque no va y se queda quietita en su tumba -ahí la pobre se largó con más fuerza. ¡Viera! ¡Le partía el corazón a cualquiera...! Entonces, voy y le pregunto: -¿No le gusta estar ahí?... -Me dice no- no -no, con la cabecita, - Y si la saco y la traigo -digamos un suponer- acá conmigo en la oficina... ¿se va'portar bien... va'dejar de andarme espantando...? - Ella me sonríe

como un solcito en invierno, me hace que sí y sale corriendo contenta... ¡Viera!... Parecía una brisa blanca flotando entre las sepulturas...! Calcule usted: tiene un muerto -en un cementerio con más de diez mil ánimas- alborotándolo todo, que no quiere estarse encerrado en una fosa, y le promete que va a portarse bien si lo saca... ¿ah?... ¿qué hace?... ¡Lo que hice yo: va y lo saca!... La acomodé en mi oficina con el cajoncito destapado, así estaba cómoda ¡pobrecita!..., y, desde entonces, está quietita y calladita... ¡Todavía encima quieren meterme en la cárcel! Si lo que uno hizo fue un favor a todos, ¡qué joder!... Piense un poco, nomás y después contestemé: ¿se imagina usted, se imagina si no la calmaba y empezaban a rebelarse los otros también...? ¡Piense...! Piense si iban y tampoco querían quedarse encerrados... ¡Piense...! Con que se hubieran levantado cien nomás... ¡Se lo regalo...! ¡Já!

Y así le agradecen a uno... ¡habráse visto...! No me hubiera metido nada, debiera haberme ido del trabajo y dejarla hacer lo que quiera...! ¡Pero que se va'cer...! ¡Mundo desagradecido...!

Pensar... lo que me costó - al principio- acostumbrarme al olor...! Pero todo sea por la tranquilidad de la chica -que en paz descanse- y de los otros también...

¡Qué vas a hacer, Atanasio...! Gente desagradecida... y no puedo rascarme... oiga... delé... aflojemé ésto, ¿quiere?... ¡delé!...

La sombra

Se inclinó penosamente sobre el arroyo, cayendo de cara en él. Le era imposible moverse. La pierna era un fuego que lo torturaba. Se le había hinchado tanto la boca que le impedía respirar.

- ¡Víbora maldita...!- en sus últimos restos de conciencia entendía que se moría. A los treinta y cinco años, Servando Cruz se moría. Los escalofríos se sucedían casi intermitentemente, envolviéndolo en espantosas convulsiones. Logró arrastrarse hasta una roca cercana, que afloraba de la corriente.

Resollaba como caballo viejo y enfermo. -Todo es cuestión de minutos...- pensó con dificultad. Le era imposible mantenerse lúcido. Ramalazos de inconsciencia lo atrapaban en su vértigo. El fin se precipitaba; era tanto el sufrimiento, que esperaba el alivio de la eterna paz. Hilillos de sangre brotaban de su piel. La ponzoña iba destrozando sus tejidos, licuando el torrente de sus venas...

El aceite hirviente del sol calcinaba su tumefacto cuerpo, desplomado sobre la piedra.

Por entre los inflamadísimos párpados alcanzó a percibir la sombra de un carancho comenzando a girar sobre su cabeza, señalando la posición de la futura carroña al resto de la bandada.

- ¡Bicho del diablo!...- el pesado gorgoteo que logró articular, ahuyentó momentáneamente al animal.

Sus vidriosos ojos, girando sincopadamente, se posaron en ella: agonizaba a su lado, envuelta en los mismos estertores...

- Sombra mía... siempre sufriendo conmigo... La única que jamás me abandonara... desde que vimos juntos la luz... sombra hermana... no muero solo... estás aquí... siempre a mi lado... pegadita a mi cuerpo... subordinada a todos mis sentidos...

- Sombra mía... Dios te puso en el mundo para que nadie esté solo... fiel compañera que no traiciona...

El pensamiento se desvanecía, embrollándose y flotando en los vapores de la fiebre; cada día vivido se superponía con los no vividos; con los olvidados.

Ya no luchaba por la vida. Hacía realmente mucho tiempo había dejado de hacerlo. Desde que decidiera encerrarse en el monte, huyendo de la civilización. Viviendo en esa cueva, cerca de la cascada. Su paraíso particular. Su Sombra lo había acompañado en esta aventura. No pensó que estaba loco y se vino con él a la cueva... Conversaba largamente con ella, sumiéndose en profundas meditaciones o evocando recuerdos que los asaltaban a cada paso.

...Los rostros de algunas de las mujeres que juraron amarlo y seguirlo hasta la muerte, cruzaron semidiluidos uno en otro, fugazmente, desapareciendo como si nunca hubieran sido. Como sus dueñas.

Rosaura... el querido perfil sonreía en su delirio. Rosaura... la había amado hasta la locura. ¡Se habían amado tanto...!

Rosaura... con el vestidito verde -cortón, amplio, flotando en el viento del atardecer- diciéndole que se casaba con el Doctor Olazábal. El que venía de la ciudad a pasar las vacaciones en la estancia de sus abuelos. La estancia de los Olazábal, vecina a la suya. Sólo para lujo. No para vivirla, (¿para qué querrá la gente acaparar cosas que no usa?)...

El silencio de él. El silencio del monte. El silencio de su perro, con la mustia cola entre las patas, siguiéndole, pegado a su caballo... Los cascos no emitían ningún sonido, no repicaban alegres golpeando las piedras como cuando volaban al encuentro de ella.

Anduvo arrastrando su dolor por semanas, hasta que encontró la cueva. De su estancia y de las vecinas, lo buscaban. Los veía pasar. Un día no volvieron. Seguro pensaron que había muerto. Eso quería.

Se quedó en la cueva con el perro, el caballo y las sombras de los tres.

Un anochecido desfiladero se tragó al caballo y a su sombra. Resbalaron en el húmedo musgo. Lloró sentidamente, como un niño.

Después se fué el perro -de puro viejo, nomás-.

Quedaron con su Sombra, apoyados la una en el otro. Adherida a él. Surgiendo de cualquier parte de su cuerpo.

Seguro que al morir, ella se iría con él; entrarían juntos en el otro mundo -si era eso verdad-, así como habían entrado a éste.

El hinchado cuerpo de Servando Cruz yace exánime al sol. Una amoratada masa informe, inflamándose cada vez más bajo los efectos del calor.

El buitre picotea rápidamente los restos, dando un inmediato saltito atrás; necesita estar seguro antes de avisar al resto de la bandada que el festín puede comenzar.

Servando Cruz despertó; jamás se había sentido mejor: una paz perfecta lo inundaba.

Miró en derredor, reconociendo el lugar; no podía precisar dónde se encontraba, mas el sitio le era familiar. Sentía que era SU MUNDO. De donde jamás debía haber salido. El mundo que siempre soñara. Más allá, un poco alejado, un cuerpo hinchado era devorado por unas aves de rapiña que se disputaban los restos con algún animal carroñero. Una barrera invisible separaba ese espectáculo del maravilloso paisaje a su derecha.

Comenzó a caminar en los límites del éxtasis.

Preguntó a la Sombra cómo se sentía. Pero ella no estaba a su lado... ¡No podía ser! ¡Lo había abandonado!

Buscándola desesperado, notó que algunos habitantes estaban también sin sus sombras, mientras otros la tenían consigo.

Volvió hasta el lugar donde estaba caído ese cuerpo que antes viera; algún vago recuerdo le decía que por allí debía haber quedado. No podía avanzar más: la muralla de transparente cristal le impedía pasar. Al acercarse, la vio: vagaba sola por el monte. Comenzó a llamarla a los gritos, pero ella parecía no oírlo.

De repente vio que allí, en ese mundo que acababa de dejar, estaba Rosaura, paseando a caballo con su marido.

Y a su Sombra; que amaba a la sombra de Rosaura, que la seguía amando. Y porque la seguía amando, se plantó ante ellos:

-¡Santo Cristo! ¡La sombra del Servando! ¡Ave María purísima!- gritaron enloquecidos; los caballos se encabitaron, volteándolos espectacularmente. Las bestias se desbocaron, desapareciendo en los cerros.

Una estentórea carcajada unió las dos regiones; la pareja pareció oírla por la manera que echaron a correr.

Su sombra se volvió, desorientada. No sabía dónde estaba él. Servando decidió quedarse allí, en el límite, viendo a su camarada afanarse en la búsqueda. Eternamente. Riendo a carcajadas cada vez que alguien se cruzara con ella dando vueltas solitaria por el monte, por el valle, por la cueva, ...riendo al ver el terror que producía su silenciosa amiga, que seguiría hasta el fin de los tiempos buscándolo... porque ella le era fiel...

El reía feliz, feliz de la fidelidad de su Sombra...

Historia de unas manos

La mujer no era alta. Tampoco esbelta. Mucho menos bella: bajita, descolorida, poseía esos rasgos indefinidos tan peculiares en aquellos que portan en sus genes un verdadero crisol étnico, producto de la ancestral cruce múltiple americana.

Conociéndose en desventaja (morfológicamente hablando) con sus congéneres, decidió, desde muy temprana edad, que habría de desarrollar un irresistible encanto personal; “haciéndose así acreedora al afecto y devoción de quienes la conocieran”.

En virtud de esto había logrado que su voz -chillona, atiplada- se convirtiera en suave y cálido murmullo, a fuerza de contenerla por años y años.

Interminables sesiones ensayando gestos y sonrisas frente al paciente espejo de la sala; el gasto de centenares de horas de vida en agotadoras poses -tendientes a mejorar el porte- fueron limando su estilo. Dulcificó la mirada de sus inmensos y saltones ojos, probando pestañeos y medias sonrisas, que le conferían un aire casi beatífico. ¡Proezas de Venus!

Pero, donde más se esmeró fue en sus manos: continuos y muy democráticos baños de limón (para blanquearlas), seguidos de aceites suavizantes, seguidos de gimnasias especiales, seguidos de costosas cremas, seguidos de... todo para mantenerlas gráciles, suaves y bellas,

logró que todo aquél que se acercara a ella quedase prendado de esas blancas e inquietas palomas que, continuamente, giraban a su alrededor.

No conforme con este agradable aspecto exterior, habíales enseñado todas las artes y artesanías que imaginar se pudiera, con lo cual logró esta tenaz mujercita, que toda la atención hacia su persona se centrara en sus extremidades, desviando así la observación de sus falencias físicas, las que quedaban casi desapercibidas de esta manera. El fino toque de barniz sobre las bien cuidadas uñas, los valiosos anillos y las infaltables pulseras coronándolas, hacíanlas resaltar más, al dejarlas caer muellemente sobre su regazo.

Reposaban en él, cual una joya en su estuche.

Muy pocas veces quietas u ociosas, lo normal era hallarlas realizando una delicada labor, o jugueteando coquetas con una flor, cuyo perfume rescataban.

Cosechaban todos los elogios, ya por su actividad, ya por su prestancia y agilidad.

Con el paso del tiempo, las manos -objeto de tantos esfuerzos y desvelos de parte de su ama- se tornaron vanidosas de su valía y, corrompidas por tantos mimos y lujos, comenzaron a quejarse.

Primero, fueron simples cuchicheos entre ellas; -Nuestra ama se vale de nosotras para figurar. Observa: sobre las dos recae toda su

actividad social. Se pavonea agitándonos en el aire y debemos acompañar hasta su más simple gesto!

- Además, ¿viste cómo nos hace trabajar ?!

- ¡Y actuar...! ¡Tanto golpetear ese ruidoso piano, quedo atontada y dolorida...!

- ¡Por favor...! ¡Ni lo digas! ¿Y la dichosa guitarra...? A ti no te raspa entera, como a mí... Más debemos reconocer que, por suerte, luego nos cubre con esos deliciosos bálsamos perfumados y nos protege con la tibieza de los guantes...

- Bueno, sí... ¡todo lo que quieras...! ¡Es verdad...! ¡Mas no olvides que todo ella depende de nosotras! YO ya estoy -francamente- cansada: ¡HARTA! ¡Hasta aquí llegó mi paciencia!

Así diciendo, y sin que su hermana supiera cuándo, se elevó en el aire, asestándole un feroz cachetazo a su -hasta hoy- feliz ama.

Esta se hallaba en una velada artística, disfrutando el placer que producía la cálida voz del tenor elevándose en un juego vocal increíble, alcanzando célicos matices en las estrofas de Il Trovatore. El grito de dolor y sorpresa cubrió la escala del cantante.

Todas las miradas instantáneamente convergieron sobre ella. Centenares de monóculos e impertinentes la estudiaban. Desesperados chillidos en demanda de auxilio escapaban de su boca, mientras su mano rebelde la despeinaba, arrojando joyas, plumas y pieles por toda la sala.

El trovador y compañía interrumpieron su actuación para ver el insólito espectáculo de aquella mujer que corría pidiendo ayuda, golpeándose ferozmente con una mano y arrojando prendas al aire. La derecha, al principio, asustada por la audacia de su compañera, se escondía tímidamente entre los pliegues de la falda. Poco a poco se fue sumando a la rebelión, comenzando a pellizcar libertinamente a los que trataban de calmar a la pobre mujer.

-¡Enloqueció, pobrecita...!, ¡llamen a una ambulancia! ¡Ay! ¡Sucia!

- ¡Un médico! ¡ay! ¡Es peligrosa! ¡deje! ¡cochina!

-Señora... tranquila.. ¡no!... ¡cuidado!... no está loca... es una depravada... ¡ay!... ¡dejame!...

Desnuda, despeinada y con el maquillaje chorreándole, lloraba pidiendo:

-¡Ayúdenme...! ¡No estoy loca...! ¡Son mis manos...! tienen vida propia... ¡Socorro!...

La dura batalla desatada en el teatro entre la lírica actuante, los asistentes y los empleados, en pos del botín, era apocalíptica: más de una orgullosa dama se batía a brazo partido sin tomar en cuenta la talla, edad o condición de su adversario. Encumbrados señores recorrían el recinto a cuatro patas en busca de alguna gema; otros ahorcaban a su vecino para obligarle a abrir la boca y quitarle lo que había escondido en ella. No faltaba el galán que mantuviera fuertemente asida de los cabellos a su compañera de velada para

que soltara lo que apretaba con fuerza inusitada en tan frágil criatura.

¿Deberíamos mencionar a los que escondían lo que conseguían -de la víctima o de su contrincante- en lugares non sanctos de su anatomía?

Era imposible definirlos con certeza: en aquel momento, todos eran del mismo rango en la escala... ¿humana?...

De repente, cual caballería de una vieja película del Oeste, (haciendo sonar estruendosamente una sirena en lugar del clarín), hace su irrupción en escena un grupo de policías fuertemente armados, cubriendo posiciones estratégicas en operativo comando. Los bomberos los preceden en su avance arrancando puertas, descolgando cortinas, desalojando butacas a través de los cerrados cristales, hachando decorados y cuanto estuviera en su camino. Cerrando la marcha, -y como broche de oro- hace su entrada triunfal el equipo de paramédicos: de barbijos, portando camillas en las que zambullían a todo aquél que no mantuviera la vertical, para transportarlo velozmente a las ambulancias que, ululantes y luminosas, aguardaban fuera. Enfundaban toda testa visible en sendas máscaras de oxígeno; clavaban jeringas en toda vena disponible, con vaya Dios a saber qué cosa, a pesar de los vanos intentos de huir de los contendientes.

Así, se ve aquél a quien transportan medio cuerpo colgando de la camilla; y aquél otro que corre perseguido por los profesionales, ansiosos de cumplir con su deber; hay quien escapa embozado con la caretila, flameando la manguera del tubo de oxígeno, o llevando incrustada en alguna parte de su vapuleado cuerpo una inyección que va saludando alegremente.

La mano izquierda, dueña de la situación, indicó:

-¡Protejámonos, hermana!- y, dicho esto, arrancó el laúd de manos del andrajoso y golpeado tenor, emprendiendo a golpes con el mismo contra quien osara acercarse. La derecha, más servicial y menos agresiva, intentó quitárselo. Esto acrecentó la ira de su compañera, que, volviéndose contra ella, le asestó tal laudazo que la descoyunturó, cayendo inerte a un costado del cuerpo. Desgarradores alaridos de dolor se destacan en el pandemonium...

No sintiéndose en absoluto culpable de la desgracia de su amiga, prosiguió la izquierda luchando con tesón.

De improviso, un joven policía logró asirla firmemente por la muñeca; desesperada, clavó sus uñas en la firme mano, que no aflojaba su presión. Se agitaba en el aire, blandiendo los dedos como enloquecidas serpientes, impotente ante la férrea seguridad de su captora.

Un agudo pinchazo la paralizó, quedando quieta primero, para caer luego pesadamente, siguiendo al cuerpo al que pertenecía...

Izquierda comenzó a despertar: movió el pulgar, que apenas respondía a sus esfuerzos. Poco a poco se fueron sumando los otros dedos, somnolientos y amortiguados.

Se arrastró a través de las cobijas, buscando a Derecha, que se hallaba enfundada en una gruesa cobertura de yeso y todavía atontada por los sedantes. Al contacto de Izquierda, se revolvió indignada. Aquella ensayó una disculpa, que se congeló en la total indiferencia de su par. Intentó una caricia. Suficiente: Derecha se alejó con gran esfuerzo.

Esto volvió a enfurecerla: su amiga de toda la vida, su compañera, se alejaba de ella de manera aparentemente irreconciliable.

Comenzó a tamborilear sobre el vientre de la pobre yacente, todavía obnubilada. Casi al unísono, los labios de ésta iniciaron algo como un ruego ininteligible, entrecortado, y gangoso.

Saltó hasta la boca, situándose encima y presionándola con odio, mientras con el pulgar y el índice oprimía la nariz, dificultándole la respiración en evidente intento por asfixiarla.

La desautorizada dueña se debatía, tratando infructuosamente de liberarse. Felizmente, la mesita de noche cayó arrastrando al tubo de oxígeno y originando un terrible estrépito.

Casi inmediatamente llegaron dos inmensas mujeres que comenzaron a tratar de liberar a la paciente de la opresión a la que era sometida por su propia y terrible extremidad, que parecía sellada

sobre la boca, mientras su dueña se retorció de dolor e impotencia. Volteaba los ojos mientras terribles espasmos desfiguraban sus facciones.

Una de las enfermeras vociferó pidiendo ayuda: presto aparecieron otras dos. La más veterana -con cara de sargento de caballería- le asestó un certero puñetazo en el mentón a la infeliz Eva que, en el momento de perder el conocimiento, perdía dos dientes por la comisura de sus hinchados labios.

La mano soltó su presa, cayendo extenuada sobre la cama.

-Hay que llamar al médico. Debe aumentarle la dosis de sedante. A este paso, se matará en cualquier momento. ¡Miren esos pedazos que se arrancó de la cara!...

-En veinte años acá, he visto locos y locuras... Pero, como ésta... ¡creer que sus manos tienen vida...! ¡Dios...! Creo que de ésta no sale más...

El médico -conocido siquiatra que tomara a su cargo el insólito caso de aquella dama- hizo su aparición: riguroso traje negro -descolorido y arrugado, por supuesto- camisa y corbata gris. Cargaba un inmenso libraco entre los brazos y de él colgaba, balanceándose indolente, el estetoscopio.

Contrariamente a las de su paciente, eran las manos de este señor algo así como un par de zarpas de oso: inmensas, oscuras y

velludas; las uñas -descuidadas- tenían un eterno viso negro coronándolas.

Tomó a Izquierda por la muñeca, presionándola suavemente a pesar del aspecto salvaje de sus manos. Al contacto masculino, ésta despertó, quedando quieta algunos instantes, gozando el agreste roce. Dulce y delicadamente extendió los dedos en una tímida caricia, enviando un tierno mensaje a la otra piel, que recibió estremecida las propuestas de la rebelde.

Ante la inquietud de su amo y las asombradas miradas de las enfermeras, ambas permanecieron entrelazadas en un mudo coloquio.

Imprevistamente, la que quedara cargando el libro y demás pertenencias del galeno dejó caer todo y se zambulló bajo las frazadas, buscando a la herida que, gozosa, se dejó amar.

Las enfermeras no lograban entender la situación: el doctor acariciaba a la paciente, mientras pedía auxilio: ¿enloqueció también él?...

Una de ellas se acercó a ver si podía colaborar en algo, y recibió un terrible revés en plena mandíbula que la arrojó toda desmadejada a considerable distancia.

Aterradas, las otras comenzaron a descubrir que sus propias manos estaban a su vez comenzando a actuar por su cuenta.

Tarde, demasiado tarde, se dieron cuenta que la asonada se había extendido y amenazaba con generalizarse.

Tarde. Demasiado tarde. No existía salida ni defensa.

Se hallaban a merced de sus propias manos.

Certeza

Pronto vendrán por mí. Lo siento en cada poro de mi piel. Van varias noches que despierto con la certeza que están allí. Mirándome. Lacerándome desde la oscuridad.

Me levanto pesadamente de la cama. Afuera, la luna sigue presidiendo las tinieblas, lejana y fría. Ni un solo murmullo. La calle silente, vacía. Algún perro en la distancia ladra su guardia nocturna.

Tiemblo. Bebo un vaso de agua. Recorro las lóbregas estancias pobladas de ecos. No logro controlar el temblor de mis manos: -¡Al diablo con el cigarrillo!... Imposible encenderlo de pie...

Ayer vinieron por María Elena. Pese a los ruegos y a las oraciones de su madre, se la llevaron, cubriéndola con flores blancas, dulcemente perfumadas.

No respetan nada: edad, condición social, salud, todo les da igual. Llegan cabalgando en el alarido de los que vamos quedando, a la espera...

Se cuelan por todos lados. Siempre es dolorosa y pronta su maldita visita.

A don Nicolás lo fueron devorando de a poco, regodeándose en su martirio. Lo dejaron mucho tiempo así. Hasta que un amanecer

en que el sol estaba de fiesta, lo llevaron. En cierta forma fue un alivio para los que quedamos: el elegido estaba demasiado desgastado para darse cuenta que era a él a quien nombraban.

Mirando a mi alrededor me doy cuenta que estoy casi sola: los que llegaron antes o conmigo, ya fueron retirados. De mil y una formas. Nadie sabe adónde los llevan, ni qué hacen con ellos después. Sólo dejan unos despojos macabros y un silencio ancestral alrededor de sus historias.

Veo a los recién llegados: ¡pobres ilusos!... Creen que se quedarán para siempre. Que eternamente gozarán lo que se les da hoy. En todo este tiempo los he visto intentando burlarlas, sin darse cuenta de los cambios a que son sometidos; sin entender que ellas van chupando silenciosamente su energía, ablandándoles los huesos, quitándoles los sueños...

Aterrados, asisten a la partida de algunos de ellos que les fuera arrebatado torvamente.

A mí también me pasó, -nos pasó a todos alguna vez-: era tan nuevita que soñaba luces, cuando del oleaje del mar surgieron para llevarse a Ofelia. Sus grandes ojos azules abiertos parecían preguntar: ¿Por qué?, desde el azul de su carita cubierta de arena y de frío.

Pronto amanecerá. El cielo, encarnado, no alberga bandadas de pájaros como antes. Sólo humo y ruido. Las ciudades están viejas, ajadas. Un aire hediondo y una procesión mendicante de híbridos mutantes corren desesperados por las destrozadas calles cubiertas de residuos y aguas podridas.

¿Adónde corren? Es inútil. Nada se puede hacer: de nada valdrá todo lo que se pueda acumular. Irremediablemente los encontrarán; los devorarán sin piedad. Comenzando por las entrañas. Una vez descabalados serán uno más en su legión.

Ya hice todo lo posible para evitar que me alcancen: cambié el color de mi pelo, modelé mi cuerpo de todas las maneras conocidas por los humanos. Mentí respecto a los años que llevaba en este mundo. Vano intento. He pasado tanto tiempo viéndolas actuar que sé que llegan a cualquier hora, sin anunciarse; eligiendo a ciegas y a locas sus víctimas.

Cada amanecer siento el alivio de tener la gracia de poder vivir -tal vez- un día más.

El Doctor Vargas -hoy lo recuerdo tan claro, no sé porqué- ¡tenía tantas ínfulas el pobre! Él y su esposa. Los dos. Se creían poderosos, superiores. Sólo hablaban con aquellos que tuvieran tantas o más posesiones que ellos. Los demás estaban para ser-

virse de ellos. Para usarlos y arrojarlos.

Recuerdo también que tenían un vehículo que más parecía una carroza real que un simple móvil. Era ésta una forma más de mostrar su poder. ¡Qué estupidez! El poder no existe. Es tan sólo una ilusión transitoria, esfumándose inexorablemente entre sus propias fauces. Aquél día paseaban montados en su orgullo cuando, envuelta en sus harapos y arrastrando su locura, se cruzó delante de tanta magnificencia una de las incontables viejas mendigas que pululan en las ciudades. Riéndose a carcajadas, aparecieron ELLAS: cargaron a los tres en el mismo saco; burlándose despiadadamente mezclaron sus restos y sus sangres con el estiércol y el barro que inundaba la calle.

Todos iguales entre sus garras. Simples bocados de su insaciable apetito.

Alguna vez soñé con alcanzar la perpetuidad y así esquivarlas. Tonterías.

Dicen que son silenciosas. No es cierto. Los que están sumergidos en el silencio son los que fueron alcanzados por ELLAS. Yo las escuché reír y envolverme con su fétido aliento; su risa es histérica y chillona. Y suenan siempre con un rumor de mandíbulas de orugas devorando todo a su paso. Las tres son lascivas, groseras. Nadie acepta ver cómo van desarmándolo. Quemándole las alas. Hasta que un día, al intentar elevarse, caen en la cuenta que dejaron de ser

quienes eran y hoy son una mueca, una caricatura de sí mismos.
Anoche las sentí rondando mi cama. Su inconfundible hedor se metió en mi alma. Sentí sus gélidas extremidades palpar mis miembros. Comenzaron a envolverme en sus hilos. Pero no me llevaron. Saben que estoy preparada. Que hace mucho tiempo les perdí el miedo. Y eso nos las hace reír; les gusta reír mientras hilan, devanan y cortan el destino de los hombres.
Se que van a volver. Embozadas, implacables, inclementes. Devorándolo todo.

Puedo ver la mano de Cloto hilando, mientras Láquesis devana. Es mi turno. Siento clavarse en mi nuca el letal rayo de sus cuencas vacías. Mi cuerpo gris, marchito, no desea seguir huyendo. Vuelvo la cabeza y las miro de frente. Sin miedo. Sin horror. ELLAS comienzan a agitar sus descarnadas mandíbulas, mientras un alarido que quiere ser risa, cubre todos los sonidos.
La mano de Atropos cortó mi hilo. Era hora. Estoy muy cansada. Nadie volverá a saber de mí...

El regreso

Las piernas me abruman. Pesan hasta doler.

-No te detengas-. La voz a mi lado me incita a seguir. Los escalones, húmedos y desparejos, me provocan pánico. No alcanzo a vislumbrar ni un reflejo. Los pensamientos son confusos, extraños.

-Sigue-. De nuevo la voz. Sólo eso: una voz. Y algo como un lamento en el incesante ulular del viento. Ningún otro sonido.

-No te detengas-. Intento mirar mis manos.

-Siguen ahí-. ¿Cómo supo lo que deseaba hacer...?! Mis párpados doloridos, abotagados, buscan un reflejo donde fijar sus pupilas.

Resbalo y bajo rodando varias gradas, hasta quedar tendido boca abajo sobre una superficie empapada en alguna extraña humedad, hedionda y pegajosa. En vano intento incorporarme. Vuelvo a resbalar y a rodar.

-Levántate y sigue-. La voz, indiferente, continúa a mi lado.

Palpo el muro buscando un apoyo. Todo él está cubierto de la misma sustancia gelatinosa. Una desesperada sensación de asco y horror hace carne en mí.

-Sigue-.

-Necesito tiempo-.

-¿Tiempo?... ¿qué es eso...?- por primera vez la voz tiene alguna inflexión.

Sin responder me coloco en cuatro patas, intentando incorporarme. Estoy completamente desorientado. No tengo idea de hacia dónde debo continuar.

Me doy cuenta que -por instinto- mantengo los ojos cerrados en la oscuridad. Sólo la voz me guía. El miedo en que me debato me vulnerabiliza hasta los límites del deterioro.

-Sigue-. Mis instintos se aguzan: algo pasa rozándome.

-¿Qué fue eso...?-.

-Sigue-. Había alguien o algo más que nosotros. ¿Nosotros? era sólo yo. Sólo yo y esa voz que parecía surgir de todas partes, guiándome por el hipogeo.

-Esto es una pesadilla -pienso- tengo que despertar.

-No, no lo es-. Otra vez conociendo, hurgando mis pensamientos.

-¡Quiero luz...! -grito, intentando abrir mis ojos. Los orbiculares no ceden a mis esfuerzos. Los siento totalmente tumefactos.

-¿Dónde estoy...?, ¿dónde estoy...?- gimo desesperado. El silencio es mi compañero. El ominoso silencio y aquel extraño batir de alas, pesado, lúgubre. Giro en redondo, buscando rehacer el camino. Retornar por donde había venido; busco los peldaños, arrastrando los pies que apenas me responden. Misteriosamente, sólo hay un piso fungoso, pantanoso, donde me es imposible mantenerme en pie. Y ese cansancio... Estiro los brazos queriendo alcanzar el muro que ya no existe. Pareciera haber sido corrido hasta transformar

el sitio en una erebiana ágora, sin un cielo de referente ni un suelo firme donde pisar. El más breve destello no atraviesa la densa negrura.

-Estoy ciego... estoy ciego...- deseo llorar y no puedo. Intento caminar y mis piernas se hunden en el blando terreno.

El espeso aire no penetra en mis pulmones; una creciente asfixia me desespera. Cada instante es más doloroso respirar...

-¿Dónde estás? -grito- ¡¿DÓNDE?!- me arde la garganta por el esfuerzo, mas el sonido apenas alcanza a llegar a mis oídos.

-La luz...- busco ordenar mis ideas- vi la luz y luego vino esa voz... rodeándome... surgiendo de todos lados... obligándome a seguirla... el abismo... el abismo... las escaleras... bajan... bajan... no las puedo ver... pero estaban ahí... bajando... hasta el mismísimo báratro... hasta el centro de la Tierra...- Algo roza mis pies; sigue viaje lenta, morosamente, reptando sobre ellos.

Comienzan a latirme las sienes... un agudo silbido las taladra. Hago fuerzas por correr... vuelvo a hundirme... Más y más profundo. Una gota cae acompasadamente sobre alguna parte de mí.

Alguien golpea, enloquecido, un yunque. El movimiento rítmico y acelerado atrapa mi atención. No es alguien -pienso desalentado- es mi propio corazón. Hasta ese preciso momento, no me había percatado de su presencia.

De repente, el silencio absoluto, como la cerrazón que me rodea. La luz -gimo- la luz... ¿dónde está...?, ¿dónde estás!? Mi voz ya no cruza el túnel de mi garganta: rebota en la bóveda palatina, perdiéndose entre los dientes y la lengua. Intento tocar mi cuerpo y no lo siento. Un extraño olor va creciendo inundándolo todo. Creo reconocerlo: acetona... ¿Acetona...? ¡debiera oler a azufre!

Un hilillo hirviente comienza a circular dentro de lo que podía -vagamente- percibir como los espacios de mi anatomía.

Comienzo a girar vertiginosamente: no sé si caigo o si subo. Estoy viajando en el interior de una turbina.

-Sigue. No te detengas. No ahora-. Otra vez la inidentificable voz, atravesándolo todo.

Vuelve a golpear el yunque. Mi corazón. Regresó. Está acá.

La turbina acelera. Siento un golpe terrible en lo que alcanzo a reconocer como mi pecho. Otro más. Y otro...

Despierto, en medio de un ataque incontrolable de vómito.

-...¡Fuerza...! ¡Fuerza...! ¡Ya volvió...!

La luz apuñaló mis ojos. El olor a acetona se hizo más intenso.

Algún tiempo después, bebo ávidamente la claridad que restalla en los blancos cerámicos de las paredes, en los acerados utensilios y, por

sobre todo, refulge en las aliviadas y distendidas sonrisas que van inundando el quirófano...

TERCER PREMIO
JUAN ANTONIO ALZUGARAY
PROVINCIA DE ENTRE RÍOS



Fiero desquite -*Cuento premiado*-
Tiempo é seca
El fin de Carlitos Fuentes
Viernes Santo

Fiero desquite

Hacía ya tres días que Albino Chávez venía tras las huellas del gran yagüareté, y su viejo instinto de cazador le hacía presentir que lo tenía cada vez más cerca; en realidad, no era ésta la primera vez que lo rastreaba, es más, ya habían pasado dos años y medio desde que lo tuvo en la mira de su vieja pero eficiente escopeta del dieciséis de dos cañones. En esa oportunidad -la escena se le volvió a representar vívidamente-, andaba de cacería por el monte, precedido por una abigarrada jauría de perros “de rancho”, vale decir, de todo tipo de pelaje y tamaño, entre los que se destacaba el Jazmín, su regalón: perro bravo, corpulento, de pelo renegrado como el carbón y una mirada inteligente que denotaba algún ancestro de raza definida.

Los perros, como siempre, iban rastreando el monte bastante lejos de él, cuando una mezcla de ladridos, aullidos de dolor y bufidos, junto a maullidos escalofriantes evidenciaron un encuentro con algún gran “gato”. Apurando el tranco todo lo que permitía lo intrincado del monte, Albino llegó al fin a un pequeño claro y la escena que vio lo paralizó unos instantes: haciendo espalda contra un corpulento quebracho se hallaba el yagüareté más grande que hubiera visto jamás; a su alrededor yacían, muertos despanzurrados o malamente heridos, cinco de los perros, mientras el Jazmín, único sobreviviente, giraba en derredor de

la bestia, buscando un claro en la guardia que formaban las sangrantes garras del felino; era éste el primer encuentro del perro con un rival de tal fuste, y por ello, cayó en la trampa: el yagareté se tiró de lado exponiendo su blanco vientre a los embates del perro y cuando éste embistió para hacerle presa como una aceitada trampa las manos del “manchado” lo sujetaron firmemente por el cuello, en tanto las patas fuertemente musculadas, en dos o tres pataleos desgarraron al Jazmín desde el pecho hasta los genitales, provocando una explosión de vísceras y sangre que mancharon la inmaculada pechera del matador, el cual, incorporándose en un salto, encaró al nuevo enemigo, representado por la figura del hombre que había irrumpido en escena.

Todo esto había transcurrido en segundos, y segundos fueron los que necesito Albino para reaccionar, echándose la escopeta al hombro y disparando casi sin apuntar, justo cuando la bestia blandía amenazadoramente la garra izquierda en su dirección, la boca abierta y espumeante, los gruesos colmillos al aire, todo ello preludio de inminente ataque. Los dos disparos fueron casi simultáneos, primero el cañón izquierdo, cargado con bala única, la que rozó la cabeza, llevándose de paso una oreja y el ojo del felino, y luego el derecho, con carga distinta, de gruesas postas tigreras, que se encargaron de volar literalmente la garra amenazante. Como tocado por una descarga eléctrica, el yagareté volteó en el aire y enfiló a los saltos

en tres patas, hacia la espesura; por ahora, el hombre había ganado. Albino, en tanto, con la sangre bullente por la descarga de adrenalina trataba de recargar el arma, con dedos entorpecidos por la premura y la tensión vivida; cuando lo consiguió, del tigre solamente habían quedado algunos despojos de huesos, jirones de piel y un charco de sangre, que se continuaba en reguero dentro del matorral. Allí ni loco seguirlo, pues la fiera tiene todas las ventajas a su favor para emboscar a su seguidor, de ahí que Albino solo atinó a acercarse a lo que había quedado de su fiel jauría, arrodillándose junto al Jazmín, que yacía exánime en una postura grotesca, y trágica a la vez, rodeado por el desparramo de sus vísceras. Lentamente, casi con cuidado paternal, el hombre lo levantó en sus brazos, caminó hasta el pie del quebracho, mudo testigo de la escena, en donde cavó una precaria fosa con ayuda del machete y depositó en su interior los restos de su querido amigo canino. Luego, colgó la escopeta al hombro y cansinamente emprendió el regreso a su ranchada, con una curiosa humedad en los ojos, que no quería convencerse fueran lágrimas contenidas.

A partir de entonces, y luego de pasado un tiempo, empezaron a sucederle una serie de hechos extraños, o no tanto: primero fue el chivo macho, jefe de su pequeña manada que desapareció una noche de tormenta de su propio corral de espinos, lindero al rancho; luego fue un potrillo, hijo de la Lucita, su único medio de

transporte, yegua mansa y sufrida, a la que esperaba reemplazar cuando la cría fuera más grande; y bueno, ahora no podría... Así, se fueron dando una serie de faltantes de todo tipo de animal doméstico: gallinas, patos, un chanco guacho, todo cuanto dejaba las cercanías de la casa estaba trágicamente destinado a desaparecer. Extraño, pero no tanto: en todos los casos, junto a los restos del animal, que siempre aparecía sacrificado y devorado en parte, quedaban, como mortal impronta, las nítidas huellas de un gran tigre, pero tan sólo de tres patas. Albino no necesitaba mucho para intuir a su oculto enemigo: debía ser nomás el yaguareté que hiriera en el monte, cuando lo dejara sin perros, y que ahora lo iba dejando también sin sus demás animales.

A partir de estos hechos el hombre se volvió más precavido, no abandonaba para nada la escopeta, ni el colgante machete “22” de su costado; además, cambió de hábitos: solamente iba y volvía del boliche con luz de día, jineteando a Lucita nerviosamente, a la cual hacía dormir todas las noches atada del cabestro a la puerta del rancho, dormía semi-vestido, con las armas listas y al alcance de la mano, dejando encendido toda la noche el farol de querosén que pendía de un alambre, desde la cumbrera. Hasta su actividad de cazador, que le proveía el precario sustento, se vio resentida, ya no se alejaba mucho por las picadas ni armaba trampas nutrieras en las costas del cercano arroyo; sin perros tampoco podía salir a rastrear

chanchos salvajes; en fin, lo que comenzara como un episodio más en su vida, se había ido convirtiendo de a poco en un tormento para su existencia.

Pero no todo iba a terminar así. Una noche, despertó de su intranquilo sueño alertado por un relincho de terror de la yegua, que, como siempre, estaba atada a la gruesa puerta de troncos bastos; luego, al relincho siguió un ronco bramido y el sonido de un cuerpo al caer. Unos segundos necesitó Albino para saltar del catre, tomar escopeta y linterna y acercarse con precaución a la puerta, por una de cuyas hendijas entre los troncos atisbó al exterior, mientras trataba de hacer pasar alguna luz por los resquicios. Lo que vio, ya lo imaginaba en parte: la yegua yacía inmóvil en el suelo, tan sólo movía débilmente sus patas traseras, en mortal estertor, mientras la vida se le iba escapando por tres gruesos desgarros en la yugular; de la bestia, ni noticias y, de todos modos, ya no tenía sentido arriesgar una salida a la oscuridad reinante, de modo que, mascando rabia el hombre se tiró nuevamente en el lecho, pero ya no para dormir, sino para pensar, y luego decidir algo, pues así no podía seguir, aprisionado por sus propios temores hacia un animal al que ya había enfrentado, y casi matado. Al fin y al cabo, “era hombre o qué”, se preguntaba como para darse coraje. Con las luces del alba, éste llegó. Preparó cuidadosamente seis cartuchos, aceitó el mecanismo de la escopeta, afiló el machete “a lo navaja” y se vistió con el

atuendo especial que lo protegería de las afiladas espinas de las zarzas del monte. Cumplido este ritual, cargó en un rústico morral de cuero sin curtir varios trozos de charqui, unas cuantas tortas fritas y una botella con agua, se lo atravesó entre pecho y espalda, hizo lo propio con el arma de fuego y rumbeó para el monte, alumbrado con los primerizos y oblicuos rayos del sol, que se iban abriendo paso entre el ramaje...

Volviendo al inicio de esta historia, al cabo de recorrer atento la espesura y los ocasionales claros, Albino empezó a encontrar huellas del animal buscado: una osamenta de guazuncho, tapada con ramas y tierra, excrementos secos, y otros no tanto, varios troncos de árboles con las cortezas rayadas por una sola zarpa y predominando en todos lados, el fuerte olor a orina con que el tigre demarcaba su territorio, curiosamente en una franja que formaba un círculo casi perfecto en torno al emplazamiento del rancho. “Ahijuna” -masculló Albino para sus adentros- “me ha ido rodiando y vigilando desde siempre... ahura le vi a dar el gusto ‘e toparnos, de una güena vez”. Siguiendo el rastro, casi sin descansar durante todo el día, con las primeras sombras se apresuró a encender una hoguera, bien grande gracias a la generosa leña del lugar, y se dispuso a pasar otra noche en duermevela, como las anteriores. Sentía que sus fuerzas iban mermando, y ya estaba pensando en aflojar, si no pasaba nada, al cabo de unos días más. Calentó, ensartados en una varita verde,

unos trozos del charqui que previamente remojó con agua, y los fue masticando trabajosamente, intercalando bocados de torta frita, para culminar su magra pitanza con unos sorbos de agua. “Aura sí”, dijo Albino en un susurro, - “me fumo un güen armau con tabaco ‘el juerte ¡y venite nomás si te animás, que aquí te espera un hombre, carajo!” La noche fue transcurriendo, y al arrullo de los mil sonidos del monte, sumado al cansancio de ésa y de las otras jornadas, los ojos de Albino se fueron entrecerrando, a cada tanto al principio, prolongándose cada vez más, hasta que el piadoso velo del sueño hizo presa del hombre, anulando todos sus esfuerzos para evitarlo.

De pronto, lo despierta la silenciosa caída de un peso asfixiante sobre él, que lo clava de espalda, contra el suelo, sin dejarle posibilidad alguna de defensa, mientras al fulgor de la fogata veía sobre su rostro las fauces abiertas del gran tigre, la garra inútil sujetándolo por el cuello y un ardiente y único ojo, clavado en los suyos lo contemplaba. Lo último que recuerda Albino es el feroz zarpazo que, con fuerza calculada, le arranco el ojo izquierdo y también la oreja de ese lado, terminando el tigre su sangrienta faena al tomar entre la fauces mano y muñeca, también izquierdas, para trozarlas con un seco chasquido y luego seguir aserrando las carnes con los fuertes molares, hasta separarlas totalmente del cuerpo, que yacía desmayado. Cumplido esto, que puede sonar a demoníaca venganza, el gran felino

contempló, pausada y prolijamente el daño inferido a su oponente de tantos años, y cojeando pero con la cabeza en gesto altivo se adentró en la oscuridad que lo rodeaba, profiriendo a modo de triunfal despedida un sonoro rugido, que hizo enmudecer por un momento a la algarabía nocturna, habitual del monte.

Cuentan los lugareños que Albino pudo sobrevivir a sus tremendas heridas, eso sí, tuerto y manco, tal como él había dejado al tigre en su oportunidad; ya no pudo cazar más, ni quiso siquiera entrar a la espesura, terminando sus días como agregado en un obraje de la zona, ayudando en la cocina y otros menesteres.

En cuanto al tigre, nunca más se lo volvió a ver, ni a tener certeza de su presencia en la zona. Cosa 'e Mandinga, ¿no?, como solía sentenciar algún viejo lugareño...

Tiempo é seca

Había venido poco llovedor ese verano, más bien casi nada. En el campo, que era donde más se notaba la falta del agua, los maizales de tiernas espigas se achicharraban bajo un sol riguroso, al igual que los sorgos y los girasoles que inclinaban tristemente las panojas y las “tortas”, como en muda sumisión a los dictados imprevisibles de la Naturaleza y ¿por qué no? de Dios mismo...

El panorama, además de los sembradíos, era desolador: anchas grietas surcaban zigzagueando los pelados campos, a los cuales los flacos animales vacunos, como también caballos y ovejas, trataban de pellizcarles los míseros pastos que aún sobrevivían; los tajamares eran solamente un gran hueco en el suelo, cubiertos por una costra de barro seco y resquebrajado, y en cuanto a los arroyos, estaban reducidos a minúsculos hilos de agua, barrosa y encharcada por el desesperado chapaleo de los animales que acudían tratando de saciar la sed que los atormentaba.

Y a todo esto, de la lluvia salvadora, ni noticia, pese a que, según los viejos entendidos, ya se habían dado todos los indicios anunciadores de su ansiada presencia: en efecto, ya se habían visto teros parados en las escasas y cada vez más consumidas parvas, también se habían visto caballos revolcándose en la tierra y perros tendidos sobre su lomo, con las patas y la panza apuntando al cielo. - “tá pidiendo

agua”, apuntaba algún ansioso de que ello ocurriera-; para colmo, hacía tiempo que el sol se venía poniendo entre nubes rojizas, claro indicio de sequía, según los entendidos.

Por todo esto, la gente de la zona, agotadas ya todas las prácticas curanderiles tales como estaquear sapos panza arriba, arrojar al aire un vaso de la escasa agua disponible y santiguarse, y otras por el estilo, resolvieron convocar urgente a una reunión en el pueblo, que se haría en la casa parroquial, por supuesto con la presencia del cura, el inefable Padre Juan, que por ser hijo de chacareros sabría comprender la angustiante situación y brindarles, si bien no una solución, al menos una esperanza con respaldo divino. Llegado el día del encuentro, se reunieron bajo la sombra de una tupida glicina que cubría todo el patio parroquial, los representantes de los hombres y mujeres de la campaña, en un total de ocho, y el Padre Juan, secundado por su fiel sacristán Camilo, quien se encargaba de ir repartiendo mates amargos entre la rueda, que iba acarreado desde la cocina, en una punta de la galería, acompañado por el “chis-chas” de sus alpargatas sobre las baldosas.

Impuesto el cura de la situación -que ya sabía de antemano, como era obvio- tuvo sentidas palabras de aliento y de fe ante la realidad, hasta que por ahí deslizó: -“¿y cómo andamos en nuestra relación con Dios, la Santísima Virgen y los Santos?, ¿no será que nos está haciendo falta elevar nuestra oración al Altísimo? Yo les propongo

sacar en procesión a San Isidro, el Santo Patrono de los labradores, a quien elevaremos nuestros rezos para que interceda por todos ustedes y sus cosechas”-. Por supuesto, la idea tuvo unánime aceptación, y se fijó fecha para el próximo sábado (ya estaban a jueves), a las tres de la tarde.

Y así fue que una nutrida concurrencia colmó el atrio de la Iglesia, hasta que, precedida por un monaguillo portando la Santa Cruz y otro con un incensario, hizo su aparición la venerada efigie de San Isidro Labrador. Cerraba la marcha el Padre Juan entonando cánticos y oraciones de su Breviario, y la multitud se fue encoolumnando tras él, tomando por calle 25 de Mayo, hasta el Cementerio, para luego ir pasando por el campo de Aladio, el de los Calero y la chacra de los Mendizábal, retornando a la Iglesia luego de un extenso recorrido, cumplido sin desmayos y con absoluta fe, dadas las apremiantes circunstancias.

Desconcentrada la procesión, vuelto el Santo a su habitual nicho en la Iglesia y portando todos la bendición final del cura, ya en busca de sus respectivos vehículos, se escuchaba sin embargo una voz disconforme: era la del gringo Mostranni, de quien se rumoreaba que en sus años mozos había sido anarquista y ateo, que iba mascullando. -“Ma sí, la prosezione ha estado bene, mesmo el rosario e tutti quanti, pero si el Santo Labradore non hace piovere, en una semana io vengo, pido el Santo y lo sako en otra prosezione, pero cabeza abaco,

para que aprenda a cumplir”...

Pasó la semana de plazo, y del agua, ni noticias. Entonces, fiel a su promesa, el gringo, a quien todos conocían más por Pedrín, desempolvó su tozudez piamontesa, convenció a unos cuantos ya medio entusiasmados con su idea y juntos marcharon al pueblo, para llevar a cabo la segunda procesión; esta vez les costó poco convencer al cura que era para reafirmar la primera, y éste les cedió la Imagen, no comprometiéndose a acompañarlos ahora en razón de estar comprometido para impartir varios bautismos, y alguna extremaunción también.

Una vez que la primer cuadra los alejó de la Iglesia, ya estaba el gringo poniendo la Santa Imagen patas para arriba, y así hicieron otra vez todo el recorrido anterior, enderezándola al ir aproximándose a la Iglesia, depositándola con respeto pero con alguna torva mirada de advertencia.

Y, créase o no, esta vez llovió... pero no la tan deseada agua: a los tres días, el azul del cielo se fue tornando amarronado, y un zumbido y olor característicos fueron el presagio de una “manga” de langostas, la más impresionante de que se tenga recuerdo en la zona, que se abatió sobre lo poco que quedaba vivo y verde en los campos, y también en la ciudad.

Luego de una permanencia sostenida, la necesaria para alimentarse y desovar, un buen día los millones de insectos alzaron vuelo, dejando

tras de sí una tierra aún más arrasada que antes, y con el “regalo” a corto plazo de las langostas “saltonas”, recién emergidas del desove... Muy pronto, una comisión se acercó hasta la casa de Pedrín, a exigirle un acto de arrepentimiento ante Dios y el Santo ofendido, respondiendo el gringo que no, que se consideraba demasiado castigado -junto con los demás-, y que antes de persignarse mejor se volaba la mano con su escopeta. Al poco tiempo don Pietro Mostranni vendió su pedazo de campo y una madrugada partió con su familia, casi en secreto y sin decir adiós a nadie...

Pero, como dice el refranero criollo de que “Dios aprieta, pero no ahorca”, todo fue volviendo paulatinamente a la normalidad, lloviendo cuando debía, permitiendo sembrar y recolectar una muy buena cosecha fina, y haciendo que la gente del campo retomara sus tareas con la fe y entereza de siempre; eso sí, hasta hoy, con un ojo en la tierra y otro en el cielo...

El fin de Carlitos Fuentes

Estaba sentado a una mesa, solo y aparentemente estático, pero nada de lo que sucedía dentro de su radio de visión escapaba a su mirada atenta, disimulada tras los cristales oscuros de sus lentes.

La penumbra vespertina del bar lo ayuda a pasar desapercibido y la escasa clientela, urgida por las vísperas navideñas, consumía de apuro y casi no reparaba en él. Lentamente, cada tanto levantaba el vaso con la mano izquierda para sorber pequeños tragos de un Smuggler con hielo, mientras la mano derecha, distraídamente apoyada en su cintura, tanteaba la aparente seguridad que le brindaba la empuñadura de su Browning 9, aquella que le robara a un “cana” de la Bonaerense en Chascomús, y que ahora reposaba en su funda de cuero, bajo el saco.

Ya había empezado a oscurecer y la calle se fue iluminando con miles de guiños de colores con que las guirnaldas y arbolitos armados en las vidrieras trataban de hechizar a posibles clientes.

Sin quererlo, su mente comenzó a divagar, poblándose de recuerdos de su infancia; se vió de nuevo en ese barrio, mezcla de campo y de ciudad, donde iban a dar todos los provincianos que llegaban a la Capital en busca de trabajo, y después de convencerse que Buenos Aires no era solamente el Centro, Florida, Lavalle, la 9 de Julio, el Obelisco...

Los chicos de la villa ya habían mandado, todos incluso él, la cartita de rigor destinada al Niño Dios -no eran tiempos de Papá Noel todavía-, para que los incluyera en su nocturna y anual visita terrena y les dejara el regalo anhelado.

Luego de cenar lo que había, con la acostumbrada ausencia de su viejo, marchó a la destartada cama turca del rincón, acariciando en su mente el juguete que suponía hallaría al día siguiente. Luego de una nerviosa noche de entresueño, con las primeras luces de la madrugada siguiente ya estaba despierto; sigilosamente se deslizó de entre las sábanas, pasó por la abertura de la mampara que lo separaba de sus padres, aún dormidos (el viejo roncaba, siempre vuelve tarde y cansado del trabajo, pobre) y rumbeó para la cocina, donde había dejado sus gastadas spores en espera del regalo divino. Y allí estaba, prolijamente envuelto en un paquete que sus nerviosas manos apenas podían desatar, hasta que ¡al fin!, con un brillo de emoción en los ojos pudo extraer de entre un revoltijo de papeles una hermosa funda de cuero, color rojo combinado con gris, que albergaba al más espectacular revolver a cebas que jamás hubiera visto. Y como si eso fuera poco, venía además un cinturón erizado de falsos cartuchos de cartón y, en una tachonada vaina un cuchillo de madera.

Más tarde, con la canana de juguete colocada tal como el Cisco Kid lo hacía en el PATORUZITO, encaminó sus pasos hacia la

calle, aún silenciosa luego de los festejos de la Nochebuena. De pronto, viniendo hacia él a todo correr tres niños de rostros adustos, armados también con armas de juguete, le gritan imperiosamente: “¡estás rodeado, entregate carajo!” mientras otro imitaba el ulular de una sirena policiaca; pero no, al Carlitos Fuentes eso no: no pensaba resignar su orgullo provinciano, ni perder quizás también su preciado regalo navideño, de modo que, sin pensarlo casi, se vio con el negro revólver en su mano, disparando cebitas sin cesar, mientras sus pretendidos captores hacían lo mismo.

Pero... ¿por qué le ardía tanto el pecho, y ahora el estómago también?... con la respiración entrecortada se miró la camisa y entre neblinas alcanzó a ver, no sabría nunca cuántas, pero sí varias, esas perforaciones por donde la vida se le iba escapando, en mansos regueros carmesíes...

Concluido el tiroteo, los tres ocupantes del móvil policial, mirando a través de la destrozada vidriera del café el cuerpo inmóvil de Carlitos no se explicaban por qué causa había iniciado el enfrentamiento que terminó con su vida, si ellos tan sólo habían parado para proveerse de cigarrillos...

Viernes Santo

Plena isla. Era domingo. Y en verano. Los puntazos del sol atravesaban el follaje del laurel y rebotaban, impotentes, en el techo de paja del “bendito”. Tan sólo los pies se veían de su ocupante, sucios, curtidos, asomado por la entrada del precario refugio islero. Adentro, con la cara tapada con un grasiento chambergo de ala ancha para evitar la ronda de moscas que pugnaban por posarse en su rostro hirsuto, despuntaba una siesta el Tape Arriola, luego del festín de guiso de ave -chajá, para mejor-, y unos tragos calientes de vino tinto, empujados con unos sorbos de agua del río. Más tarde, cuando el sol aflojara, iría en su canoa a tender las mallas para la noche, y a “bichar” algunas entradas de nutria, para entraparlas. Quizás, si la suerte y Tata Dios lo ayudaban, caería a Victoria con su carga el lunes al mediodía, entregaría el pescado, vendería los cueros, y enfilaría para el boliche del Vasco, en Puerto Viejo, a darse un remojón por dentro, en pura caña. Luego, cuando ésta le aflojara las piernas y le embotara el cerebro, rumbearía a su rancho solitario, de lomo hundido e inclinado a favor del viento, para tenderse en su catrera y dormir el sueño de los pobres, que todo borra y que es un escape al destino. Solamente compartía su soledad el fiel cuzquito de raza indefinida, que lo seguía trotando a todas partes, sin pedirle nada ni reprocharle algún maltrato ocasional. Antes, años atrás,

todo había sido distinto: con él vivía la Pancha, morocha retacona y rolliza, hecha para el amor y el trabajo, que le había dado una hilerada de críos inquietos, saludables, cuyas cabezas de pelos quiscos aparecían y se perdían entre el pajonal, en esos mil juegos que solamente la infancia inventa. Por ese entonces, habitaban un rancho en la isla, cerca del Fogonazo, estando el Tape ocupado en cuidar un montón de novillos, de varios dueños de Victoria, llevados para engordar cuando el río estaba bajo y abundaba el canutillo. Todo fue, si no bien, al menos normal para su entender islero y sus pretensiones hasta aquella Semana Santa, cinco años atrás. Como siempre, para esa fecha la pesca se vino a menos y, al llegar el Viernes Santo, tuvo que salir con la escopeta a voltear algún bicho para mitigar el hambre de su gente. Aún recuerda el ruego temeroso de la Pancha: “no mates en Viernes Santo, se enoja Dios, a cuyo hijo está velando...” No sin sentir un temor atávico, pudo más su orgullo de macho responsable, y enfiló al bañado, donde solamente encontró una solitaria garza blanca, de airoso cuello, que voló en pedazos de carne, pluma y sangre al recibir la perdigonada. No era lo ideal, pero serviría al menos para guisarla con fideos, y así salir del paso hasta que se encuentre algo mejor. Volvió con ella, ya desplumada, y chocó con la resistencia de su mujer para cocinarla: “esto no es bueno, Dios castiga”, repetía como en una cantinela. El Tape no tuvo más remedio que hacerlo él mismo, y una vez concluido su potaje lo sirvió en

los platos de lata de los chicos, y en el propio, pasando por alto el de la Pancha, que ni siquiera portó por la pequeña ramada que oficiaba de cocina. “Ya se le va a pasar”, pensaba el Tape, “las mujeres son todas iguales de miedosas”. “Además -se conformaba- hacía falta traer algo de comer para los gurises”. Por último, poniendo fin a sus cavilaciones, resolvió: “mañana, que es Sábado de Gloria, los voy a llevar al pueblo, a que vean un poco de gente y a cambiar chimentos con su comadre, así se olvida de lo que pasó hoy” -concluyó. Y así fue: el Sábado de Gloria, a la tardecita, ya tomadas todas las precauciones con la hacienda a su cargo, el Tape enfiló su canoa aguas abajo, que los llevaría casi sin remar hasta Victoria. El sol se fue apagando en el bañado, dando paso a las primeras sombras sobre el río. Ya entrada la noche, en medio de un ominoso silencio, la canoa con su carga entró al remanso de Basaldúa, cubierto con un extraño manto de niebla ondulante sobre el agua. Sentado en el popa, el Tape vio que la bruma se espesaba tanto, que ya no distinguía a los demás ocupantes de la barca.

El silencio se fue haciendo mayor, acompañado de una sensación opresiva, angustiosa, que llenó de temor la primitiva conciencia del islero. Con certeros golpes de remo apuró la marcha, para salir del remanso emboscado por la niebla, tratando de ver, de perforar las tinieblas con su vista. Pero no pudo ver nada: su familia, la Pancha y los chicos, ya no estaban en el bote. Había sí, en

cambio, una hermosa garza blanca parada, enhiesta en el castillete de la proa, que, luego de girar la cabeza empenachada en ambas direcciones, para fijar en él sus ojillos rojizos, desplegó majestuosamente sus alas, para perderse en la noche... Cuando pasó sobre el Tape, unas gotas de sangre, brillantes cual rubíes, salpicaron sus ropas mientras se escuchaba un graznido de despedida, similar al que lanzara el ave que matara en Viernes Santo... Cuando llegó a puerto, nadie creyó en su relato; una sucesión de interrogatorios policiales, rastreos por el río, y mil conjeturas, no llevaron a nada. La familia del Tape, simple pero trágicamente, había desaparecido, y semejante realidad quebró la primitiva resistencia de su mente, sumiéndola en un manto de piadoso olvido. Solamente tiene en cuenta, desde entonces, cuando va a ser Viernes Santo, para cumplir con un ritual: navegar hasta el remanso de Basaldúa, para allí esperar, pacientemente y con el corazón estrujado por la angustia, el retorno del aquel banco de niebla, que se tragara a su familia... Hasta ahora, el mismo no regresó, ni nunca más una garza blanca se posó en la proa de la canoa...

INDICE

PRIMER PREMIO

JORGE PONCE

PROVINCIA DE LA RIOJA

El negro Shono	9
El cura Josho	17
La prueba del álamo	23
El choquito blanco	31
El sueño del Colacho	37
Los siete pecados	41

SEGUNDO PREMIO

TERESA DRUBE

PROVINCIA DE TUCUMÁN

Atanasio	75
La sombra	83
Historias de unas manos	89
Certeza	99
El regreso	105

TERCER PREMIO

JUAN ANTONIO ALZUGARAY

PROVINCIA DE ENTRE RÍOS

Fiero desquite	113
Tiempo é seca	121
El fin de Carlitos Fuentes	127
Viernes Santo	131

AUTORIDADES

Sr. Gobernador de la Prov. de Buenos Aires
Dn. Carlos Federico Ruckauf

Sr. Gobernador de la Prov. de Catamarca
Dn. Oscar Aníbal Castillo

Sr. Gobernador de la Prov. del Chaco
Dn. Ángel Rozas

Sr. Gobernador de la Prov. del Chubut
Dn. José Luis Lizurume

Sr. Gobernador de la Prov. de Córdoba
Dn. José Manuel de la Sota

Sr. Interventor Federal de la Prov. de Corrientes
Dn. Oscar Raúl Agud

Sr. Gobernador de la Prov. de Entre Ríos
Dn. Sergio Alberto Montiel

Sr. Gobernador de la Prov. de Formosa
Dn. Gildo Insfran

Sr. Gobernador de la Prov. de Jujuy
Dn. Eduardo Alfredo Fellner

Sr. Gobernador de la Prov. de La Pampa
Dn. Rubén Hugo Marín

Sr. Gobernador de la Prov. de La Rioja
Dn. Ángel Eduardo Maza

Sr. Gobernador de la Prov. de Mendoza
Dn. Roberto Raúl Iglesias

Sr. Gobernador de la Prov. de Misiones
Dn. Carlos Eduardo Rovira

Sr. Gobernador de la Prov. del Neuquén
Dn. Jorge Omar Sobisch

Sr. Gobernador de la Prov. de Río Negro
Dn. Pablo Verani

Sr. Gobernador de la Prov. de Salta
Dn. Juan Carlos Romero

Sr. Gobernador de la Prov. de San Juan
Dn. Alfredo Avelín

Sr. Gobernador de la Prov. de San Luis
Dn. Adolfo Rodríguez Saa

Sr. Gobernador de la Prov. de Santa Cruz
Dn. Néstor Carlos Kirchner

Sr. Gobernador de la Prov. de Santa Fe
Dn. Carlos Alberto Reutemann

Sr. Gobernador de la Prov. de Santiago del Estero
Dn. Carlos Arturo Juárez

Sr. Gobernador de la Prov. de T. del Fuego
Dn. Carlos Manfredotti

Sr. Gobernador de la Prov. de Tucumán
Dn. Julio Antonio Miranda

Sr. Secretario General del CFI
Dn. Juan José Ciácer

Esta edición de 2000 ejemplares se
terminó de imprimir en el mes de
septiembre de 2001 en Gráfica Pinter,
México 1352, Capital Federal,
Ciudad de Buenos Aires,
República Argentina.



El Consejo Federal de Inversiones, como organismo federal al servicio de las provincias argentinas, a través de su Programa de Cultura, continúa desarrollando acciones con el propósito de brindar apoyo a la producción artística provincial, promoviendo el crecimiento y el desarrollo cultural.

En el transcurso del año 2001, pone en marcha una nueva edición del Concurso Premio Federal, abierto a todos los artistas de las provincias de nuestro país, en diferentes áreas: **Artes Visuales** (pintura, escultura y fotografía artística), **Música** (canto), **Letras** (cuento breve).

Entre los participantes se elegirán los mejores exponentes para formar parte del Ciclo de Muestras Regionales que se llevará a cabo en las Salas Federales de la sede central del CFI. Desde ellas, se realizará una amplia tarea de difusión que les permitirá a los artistas hacer conocer sus obras en el ámbito nacional y en el internacional.



**CONSEJO
FEDERAL
DE INVERSIONES**

Auspician



CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

San Martín 871 (C1004AAQ)
Cdad. de Buenos Aires, Argentina
Telefax: (011) 4317 - 0700
www.cfired.org.ar